

FERNANDO SANTIVÁN

LA HECHIZADA



EDICIONES DE "LOS DIEZ"

IMPRENTA UNIVERSITARIA

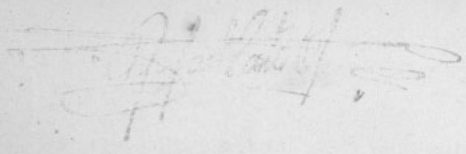
— Bandera 130—Santiago—

1916

ES PROPIEDAD

A la señorita R. L. E., hom-
naje a su espíritu perfumado de
pureza e ingenuidad.

EL AUTOR


CUANDO Baltasar cumplió los veintidós años, su padre lo envió a casa de la tía abuela Dolores para que acompañase a la buena señora en su desamparada soledad de viuda sin hijos.

Pudiera ser que el padre de Baltasar no fuese desinteresado: tía Lolo podía morir muy pronto; los numerosos parientes avaluaban, de antemano, el monto de la herencia y procedían a su repartición mental; seguramente saldría mejorado en su testamento el sobrino que viviese junto a ella...

Pero es preciso confesar que a Baltasar no lo guiaba el menor cálculo al trasladarse a casa de su anciana pariente, a quien amaba como a su verdadera abuela por haber su madre crecido bajo el cuidado de tía Dolores.

Tía Dolores era buena y querendona. Riquísima en otros tiempos, halagada por la orgullosa aristocracia de un pueblo tan antiguo como la patria misma, conservaba de su pasada grandeza un nombre

sonoro como vieja moneda castellana, algunos bienes inmuebles en la ciudad, y dos o tres propiedades de campo, abandonadas al pillaje de mayordomos y administradores sin conciencia.

La pobre tía Dolores, en medio de las reliquias suntuosas de sus amplios salones, que en la época de la Colonia y en los primeros años de la Patria se llenaron con las risas de las mozuelas y los madrigales de sus galanes, paseaba su muriente esplendor con la resignada dulzura de una reina caída en desgracia.

Baltasar, atolondrado, ansioso de movimiento, de ruido y de alegría, vino a devolver un poco de animación a tantas cosas muertas. Hacía sonreír a la noble señora con chascarrillos irrespetuosos; apretujábala en violentos abrazos, que descomponían su pulcra actitud de dama irreprochable; ponía en revolución a la servidumbre, haciéndola quitar el polvo a los macizos candelabros de plata; abría las ventanas para ventilar las habitaciones largo tiempo clausuradas, y saqueaba el jardín de sus más espléndidas flores para engalanar los muebles severos de las habitaciones.

Los asoleados corredores, pensativos bajo la custodia de las pilastras centinelas, tuvieron una sonrisa amable para aquella juventud entusiasta que ponía en vibración su quieta atmósfera.

—¡Ah! decía tía Lolo, sonriendo con benevolencia.—Tu carácter se parece mucho al de un pariente

nuestro que murió de manera trágica. Era tan loco como tú, y bueno como el pan. Pero lo perdió su fantasía...

—¡Cuenta, tía Lolo!...

—...Estaba de novio con la niña más linda del pueblo; pocos días más tarde debían casarse, y llevó a su amada a visitar la casa que habitarían juntos después del matrimonio... A propósito de un adorno del salón, ella hizo no sé qué objeciones que hirieron su amor propio. Cambiaron palabras desabridas; luego, guardó silencio él, y la nube se deshizo en apariencia. Pero, al día siguiente, se le encontró en su cuarto con una bala en el corazón...

Tía Lolo guarda silencio. Baltasar escucha preocupado, y su mirada inquieta se apacigua en un ensueño; observa distraidamente las paredes de la habitación, cubiertas con un papel muy antiguo en que se ven pintadas escenas de pastores, cuyo asunto se repite interminablemente alrededor de la pieza. Junto al brasero de bronce, dormita el gato, gordo y perezoso como un sultán; un rayo de sol penetra por la puerta abierta e incendia las grandes flores de la alfombra, mientras los muebles, pesados, macizos, parecen exhalar un vago perfume de maderas olorosas.

—En otros tiempos—murmura tía Lolo, moviendo con unas largas tenacillas con garras de león las brasas amortiguadas bajo la luz solar—había más sentimiento. Los hombres llevaban el corazón a flor

de piel, y por eso, tal vez, eran más sensibles. Los jóvenes de hoy están envueltos por una coraza de cálculo, y el alma se hiela en su prisión de hierro... Tú no eres como todos, hijo mío, y por eso tendrás que sufrir mucho!

¿Tendrá razón tía Lolo?

Baltasar quédase meditando largo rato; suave angustia se apodera de su espíritu, e invade sus nervios extraña laxitud. La pastorcilla del muro lleva apoyado sobre la cintura un cántaro de dos asas y ofrece de beber a un mocetón que, de rodillas a sus pies, recibe en los sedientos labios el cristalino líquido. Detrás de un árbol, asoma la silueta de un pastor en actitud amenazante.

El alma de Baltasar siéntese conmovida por incomprensible piedad, e instintivamente sigue con la vista, a lo largo de la pared, la misma escena repetida hasta el cansancio por los rincones más distantes.

En la pieza vecina, se escucha el grave tictac de un reloj de péndulo. En el silencio, el gato ronronea suavemente, y tía Lolo junta los párpados sonolientos para dormir o para recordar.

¿Tendrá razón tía Lolo?

Baltasar se levanta bruscamente, se despereza y da un ligero grito, imitando a un pájaro.

Tía Lolo despierta sobresaltada, y Baltasar se echa a reír.

—Es preciso que cerremos las «portañuelas» y

nos vayamos al campo con todos los «botijos»... dice alegremente el joven, parodiando a la buena señora, que suele usar palabras anticuadas. Fíjate, tía, que todo el mundo se marcha... y tú sabes que es necesario vigilar de cerca las cosechas.

Tía Lolo se limita a reír de un modo socarrón y bondadoso.

Su rostro ancho, ligeramente orlado por un bozo obscuro sobre los labios, sus ojillos picarescos, adquieren una actitud de blandura condescendiente.

—Tienes razón, niño... Ya es tiempo de que nos marchemos... Encárgate tú de disponerlo todo...

Y vuelve a sumirse en su ensueño soñoliento.

Pocos días después, tía y sobrino se encontraban instalados en el fundo de «Las Pataguas», departamento de B... Para la pobre tía Lolo esta mudanza era un verdadero acontecimiento. Pesada por los años, costábale un triunfo moverse, aunque fuera para visitar a sus amigos de las casas próximas.

Imaginad si sería suplicio tomar el tren para llegar al pueblo vecino y desde allí seguir la marcha en coche hasta el fundo, acompañada de las sirvientas, de sus animales domésticos, y de una cantidad de adminículos indispensables para su vida sedentaria.

Durante toda la travesía, no cesaban sus advertencias y gritos de terror. Al subir al tren, pasaba revista a sus acompañantes, y sólo después de convencerse de que todo estaba en su lugar, se decidía a encomendar su alma a Dios, devotamente, para que la protegiera de los cataclismos que la acechaban en esta jornada de diez kilómetros.

¡Pero qué felicidad después de instalarse en los vetustos caserones del fundo! Sentada en un sillón de paja, en los corredores, recibe al día siguiente a sus visitantes campesinos con la bondad patriarcal de una reina.

Las casas están situadas sobre una pequeña altura, y se dominan desde allí los lomajes parduscos y las vegas rientes sobre cuyos pastales retozan los animales de engorda.

A los pies de las casas, en una depresión del terreno, crece el bosque que da su nombre al fundo: pataguas centenarias, solemnes como árboles druidicos, con sus troncos retorcidos y sus ramajes de verde ceniciento.

De todas partes trae la brisa perfumes silvestres, zumo de flores y de yerbas humildes, que vienen a saludar tímidamente a la dueña de aquel rincón campesino.

Ante el trono rústico de tía Lolo, comienza el desfile de sirvientes. Primero, el viejo mayordomo, parecido a una rama seca, las piernas en arco de paréntesis, con una cara amarillenta de enfermo y los ojos sin brillo. Con voz nasal y estropajosa, impone a la señora de los acontecimientos más importantes. Cuéntale que se murieron dos vacas, que el caballo tordillo se mancó, y que las sementeras están muy prometedoras.

—Las viñas, así, así, no más... Las heladas le han hecho mucho daño...

Su voz semeja un rezongo monótono. Lleva la cabeza forrada en trapos grasientos para ocultar la calvicie asquerosa. Mientras habla, apenas mueve los labios, y sólo al sonreír se divisa la boca desdentada, entre los labios gruesos y húmedos como los del buey.

Tía Lolo aprueba o compadece, y concluye por despedirlo.

Está bien, don Zoilo; luego hablaremos...

Se va el mayordomo y se acerca su mujer. Viene a ofrecerle, a la señora, huevos frescos, harina tostada y quesos de cabra. La siguen otras mujeres que se detienen a respetuosa distancia.

—Dios la guarde, mi señorita... ¿Cómo está de salud, su mercé?... Felices los ojos que la ven... Si parece cada día más joven... ¡Por fin se acuerda de sus pobres!

Algunas traen gallinas como ofrenda; otras, lechoncillos, miel o frutas.

La señora da las gracias, se informa de sus interioridades, y las despide con alguna propina, que siempre sube al doble del precio de los regalos.

Mientras se realiza este curioso desfile, que recuerda por su sencillez una escena de épocas patriarcales, Baltasar prepara sus andanzas futuras; recorre las pesebreras para imponerse del estado de los caballos; revisa los fusiles de caza, y ordena que limpien su silla de montar. Lo acompaña en su ins-

pección el bueno de Juan Ramón, joven campesino que le sirve generalmente de mozo, y que siente especial afecto por el «patroncito».

Entre otras cosas, Baltasar pregunta a su acompañante:

¿I cómo estamos de chiquillas, Juan Ramón?

El campesino se lleva la mano con lentitud al ralo bigotillo, y mira con perezosa actitud las lontananzas lejanas. Luego responde el mocetón:

—Malito, señor, malito... Las «torcasas» se fueron para «Las Cruces», y la Domitila del «Pelao» está en el pueblo...

—¿Y no volverá?

Contrasta la rapidez de la pregunta del mozo pablano con la respuesta del mocetón.

—De volver... ¡no tiene cuándo!

Baltasar esboza un movimiento de contrariedad, y pregunta aún:

—¿Y no habrá por aquí cerca?...

Juan Ramón hace un gesto despectivo.

—¡Puros bagres, don Baltasarito! Para encontrar buen ganado, habría que remontarse hasta las posesiones de don Tobías, al otro lado del estero...

—Allá iremos, afirma Baltasar, satisfecho de que no sea tan imposible encontrar un pasatiempo para el corazón.

Es buena suerte, porque en este ambiente azucarado de olores silvestres el bendito sol de la campiña

enardece la sangre, y bullen en el cerebro extrañas fantasías.

Son lánguidos los atardeceres en el campo e incitan a dulces confidencias, a movimientos alados del espíritu en busca de un regazo tibio de mujer...

El bosque de pataguas está lleno de escondrijos silenciosos, que hablan al espíritu de escenas íntimas, de caricias inefables; hay allí una vertiente de agua cristalina, helada como la nieve, y un pozo rodeado de violetas silvestres que perfuman los alrededores; las verdes hojas invitan a sentarse, e inconscientemente todo mozo joven piensa en un talle que enlazar a sus brazos sedientos, y en una boca fresca que balbucee frases lisonjeras junto al agua quieta y misteriosa como espejo encantado, mientras de lo alto de las ramas caen, como bendiciones paternas, las hojas desprendidas.

BALTASAR deja la rienda suelta sobre el cuello de su cabalgadura, que marcha al paso por el camino en zig-zag, sobre áridos lomajes. Más que carretera, aquel es un sendero, sobre campo abierto, sin vallas ni setos vivos, que sigue el capricho de los altibajos de la campiña. Terrenos de rulo, arcillosos, sólo reverdecen en primavera con un césped superficial, que en verano se crispa bajo el sol como un cabello quemado. Sólo una que otra planta de espino yergue su rudeza salvaje sobre tanta vida desolada, y presta frescor y sombra a los piños de cabras que pasan por allí en lánguida existencia, como almas extraviadas.

Sin embargo, Baltasar respira con delicia el aire puro de la mañana. El cielo clarísimo, las blancas nubes errantes, extienden sobre la tierra un velo de idealidad que suaviza todas las asperezas y comunica al espíritu inconsciente alegría, fresco resplandor de esperanza.

A pocos pasos detrás de Baltasar, le sigue Juan Ramón en caballejo de mal aspecto. Guarda silencio respetuoso ante las cavilaciones de su amo. Al cabo de algunos minutos, Baltasar se vuelve a él, y le dice:

—Acércate, Juan Ramón.

El mocetón aviva el paso de su cabalgadura y se coloca junto al joven.

—Mande, don Baltasarito...

—Mira. ¿Crees que nos recibirán bien?

El mozo responde en la forma elíptica que acostumbra nuestro pueblo:

—¿Por qué lo habían de recibir mal a su mercé?

Baltasar se encoge de hombros con impaciencia:

—De tratarnos mal... claro está que nó, dice.

—Pero quiero decir si hay probabilidades de que la chiquilla...

—Eso lo ha de ver Ud., pues, patrón.

Baltasar comprende que será difícil arrancar alguna confidencia a su ladino compañero, y pregunta con resignación:

—¿Y falta mucho para llegar?

Juan Ramón se lleva las manos a los ojos en forma de pantalla, y señala un punto en la distancia.

—¿Ve aquella arboleda verde, su mercé? Allí están las casas de «El Pantano»...

Detrás de un lomaje, se divisa, en efecto, un cuadrilátero de verdura, encajonado en una valla de

altos álamos. Es un verdadero oasis en aquellos parajes, desnudos de vegetación.

Baltasar vuelve a su interrogatorio:

—¿Y es bonita la niña?

Juan Ramón responde, con un gesto vago:

—Así dicen... Los «viejos» se miran la cara en ella.

—Bah! pero será muy rústica; en estas soledades no habrá podido instruirse.

—No tanto, patrón. Los viejos son huasos finos; pero tienen su platita para ir pasando... y a la niña la tuvieron en las monjas de C...

Baltasar medita un instante. Sin duda procura forjarse la imagen de aquella señorita Humilde, de que le vienen hablando desde hace ya tiempo. Humilde... ¡Qué nombre más raro!

—Y dime, Juan Ramón; y no ha tenido pretendientes la niña?

El mozo responde con una de sus esquiveces habituales.

—¿Cómo no va a tener novios una niña bonita?... Además, don Pancho Araneda no es un hombre muy pobre. Ciertó que su fundo es chico y de rulo; pero tiene buenas lomas para trigo, y unas vegas no tan malas para chacras...

—Bah! ya se hubiese casado si la hubiesen pretendido—insinúa Baltasar, con marcada intención de desatar la lengua de su compañero.

—Es que no se ha querido casar, patroncito,

exclama Juan Ramón. Novios ha tenido; así dicen. Don Rudecindo Pérez, vecino de don Panchito, huaso ricachón, la pidió «cuantuá». Después anduvo haciéndole la ronda don Juancito, el de «Las Lomas», y ná; la niña, firme en sus trece...

—Será muy exigente...

Juan Ramón se sonríe socarronamente y se limita a decir:

—No sería raro que tuviera razón, su mercé... Pero creo que... Vamos, es un pensar... Estas palominas tiernas suelen esconder garritas de águila...

—Concluye...

—Pa mi que la señorita Humilde tiene su embuchadita... Así dicen las malas lenguas.

—¿Tú crees?...

Fué dura la mirada que dirigió Baltasar a su compañero, y su tono, áspero y cortante.

Juan Ramón hundió la cabeza en los hombros y guardó silencio.

En ese momento, al doblar un recodo, detrás de una prominencia del terreno, se encontraron delante de las primeras trancas de las casas de «El Pantano», y ambos viajeros guardaron silencio.

Al penetrar por el caminillo bordado de setos vivos que conduce, alrededor de las huertas, a las casas, vieron un jinete que salía al paso de su cabalgadura. Era un mozo joven y apuesto. Su aspecto era el de un campesino acomodado: hermoso caballo alazán; rica montura del país, provista de lazo

trenzado; manta de colores sobre el hombro, y espuelas plateadas de regulares dimensiones. Su chaquetilla corta permitía lucir al jinete una cintura esbelta y flexible, y sus largas botas de montar, de cuero negro, relucían al sol con reflejos sordos. Bajo el sombrero de pita de anchas alas, asomaba un rostro orlado de ligera barba crespa, de color rubio oscuro, y un bigotillo incipiente sobre la boca recortada con expresión de dureza.

Al pasar junto a Baltasar, sus ojos lanzáronle una mirada oscura, con no sé qué parecido al brillo del puñal en la sombra.

No se dignó contestar al saludo y se alejó, haciendo tintinear sus espuelas junto a los ijares del alazán.

—¿Quién es? preguntó Baltasar a su mozo, cuando hubo pasado.

Juan Ramón sonrió con solapada malignidad. Dijo:

—Es uno de los Araneda, primo de la señorita Humilde.

A Baltasar le dió un vuelco el corazón.

LOS recién llegados penetraron hasta el interior, a lo largo del callejón que bordeaba la huerta, y se detuvieron en un espacio encerrado por un mimbreral, que formaba una cerca compacta como una empalizada. Al fondo había una vivienda sencilla, compuesta por tres o cuatro piezas de barro, sin corredor, y coronada de tejas rojizas. Las puertas sin cristales que caían al patio, aparecían herméticamente cerradas, y por la única estrecha ventana, se divisaban los postigos juntos. Algunas gallinas escarbaban en el centro del patio, y un perro de clase bastarda, flaco y sucio, dormía su sueño de pesadillas bajo un sauce raquítico, al extremo opuesto. Fuera de estos animales domésticos, nada acusaba vida en el recinto solitario.

—Creo que nos llevamos un chasco, murmuró Baltasar con despecho. Parece que la familia ha salido.

Pero Juan Ramón, más práctico en materia de

costumbres de campo, avanzó hasta el centro del patio y dió algunas voces, sin desmontarse del caballo.

—¡Eh, eh! ¿No hay nadie?

El perro contestó al llamado con ladridos furiosos. Sólo después de algunos instantes se oyó ruido en el interior, y asomó una cabeza desgredada de mujer por la ventanilla de las habitaciones.

—¿Está don Pancho? preguntó Juan Ramón.

Bajo las greñas revueltas brillaron los ojos desconfiados, que examinaron a los recién venidos de pies a cabeza.

—¿Quién lo busca? preguntó la mujer. Y dirigiéndose al perro que continuaba ladrando furiosamente alrededor de los jinetes, gritó con voz desatemplada:

—Adentro, Carlomagno... ¡Jesús; qué perro!... si no deja hablar!

El perro se retiró rezongando y mostrando los colmillos con una actitud que no correspondía a la majestad de su nombre. Entonces pudo acercarse Juan Ramón a la ventanilla, y se dirigió a la mujer:

—¡Cómo está, doña Domitila! ¿Que ya no me conoce? Soy Juan Ramón, de «Las Pataguas». Vengo con el patroncito, el sobrino de la señora Dolores del Solar, que quiere saludar a don Pancho de parte de la patrona.

La de las greñas respondió, escondiendo la cabeza detrás del madero de la ventana.

—¡Pero, niño!... no te había conocido... si estás tan crecido! Desmóntense lijerito, y que el caballero pase al salón. Voy a abrir.

Durante este diálogo, Baltasar había permanecido inmóvil en su silla, en el centro del patio, confuso y molesto por un recibimiento que estimaba poco cortés.

Cerróse la ventanita, y los jinetes fueron a desmontarse junto a una «vara» al borde de la empalizada, bajo un gran sauce que extendía hacia el suelo sus ramas protectoras. Cuando Baltasar volvió la cabeza, ya se había abierto una de las puertas, y pudo escuchar una voz invisible que le decía:

—Pase, señor; voy a avisar a Pancho que lo buscan.

Entró Baltasar a la pieza y vió, con extrañeza, que la persona que le hablaba había desaparecido. Después de un momento de indecisión, resolvió tomar asiento e inspeccionar lo que lo rodeaba.

Alrededor de las paredes de barro, sin enlucir, constituían el amoblado algunas sillas de Viena, y un pequeño estante esquinero sobre el cual se exhibían algunos retratos en marcos ordinarios. En un ángulo, apoyada en el muro, una guitarra sin cuerdas parecía dirigir al visitante una tímida mirada de salutación. Cubría el piso de ladrillos una estera de factura campesina. Pero en donde todo el lujo de los dueños de casa parecía haber puesto su mayor esmero, era en los marcos que adornaban la pared,

de papel de plata y oro, o de terciopelo azul salpicado de mostacillas. Un cromo de réclame del té Dulcinea, que representaba una mujer elegante vertiendo el dorado líquido desde cierta altura, completaba el adorno del «salón».

Baltasar comenzaba a impacientarse, cuando se abrió la puerta y entró una señora de regular edad, en cuyas facciones quiso Baltasar reconocer cierto parecido con la mujer de las greñas. Pero esta venía cuidadosamente peinada, y vestía un limpio vestido de percal almidonado, que crugía ruidosamente. Avanzó hacia el joven con ademán afectuoso, y lo saludó como antiguo conocido.

—Cómo está, mi señor. Ud. perdonará que lo haya hecho esperar... ¿Y misia Dolorcita se encuentra bien? ¡Cuánto le agradezco que se haya acordado de estos pobres! Nosotros siempre la recordamos y rogamos a Dios por su salud... Es tan buena, la señora. ¡Una santa!

Hablaba con apresuramiento, y apenas daba tiempo a Baltasar para responder. Sus facciones toscas, y con ligeros rastros de viruela, tienen, sin embargo, expresión simpática y vivaz, animadas por sus grandes ojos oscuros, que lanzan miradas escudriñadoras, inteligentes y suspicaces. Parecía muy halagada por la visita de un sobrino de doña Dolores del Solar, y hacía esfuerzos para demostrar desenvoltura de dama de buena sociedad.

—Ud. perdonará—le dice a Baltasar—que lo re-

cibamos con tanta sencillez. Pero aquí en el campo vivimos de cualquier manera. En cambio, si no hay lujos, hay cariño para las visitas.

Se levanta de su asiento y se dirige a la puerta para gritar hacia el exterior.

—¡Humilde!...

A lo lejos se oye una voz femenina, que responde:

—¡Voy, mamá!

Pocos momentos después, aparece en el marco de la puerta una joven de regular estatura, de cuerpo esbelto, y de actitud suave y serena. Viste sencillo vestido de muselina; pero su hechura acusa cierta gracia que no tiene el de su madre. Bajo el cabello castaño, partido en dos haces que se levantan ligeramente hacia ambos lados de la frente pura, aparece el rostro de óvalo perfecto, de un color trigüeño pálido, ligeramente dorado por una pelusilla que le da al cutis reflejos de terciopelo.

La joven saluda a Baltasar y ocupa asiento junto a su madre, en actitud recatada. Baltasar la observa a hurtadillas mientras conversa con la señora; y luego le dirige una pregunta cualquiera para atraer a la conversación a la joven.

—¿Le gusta a Ud. el campo?

Humilde se ruboriza ligeramente y responde con voz muy suave, muy bajita, como si temiera desentonar con alguna palabra demasiado brusca.

—Sí, señor. Y aunque no me gustase... De todas maneras tendré que vivir aquí...

Vibra en su voz una ligera nostalgia, que permite suponer que mucho más le agradecería vivir en otra parte.

—En verano—añade la joven—la vida en el campo tiene sus atractivos. Se puede pasear a caballo... Las trillas traen mucho movimiento de gente,... Además, en esta época, vienen familias a pasar una temporada en el campo...

Sus ojos grandes, de color café oscuro, tienen una dulce inmovilidad; las pestañas largas, rizadas, hacen pensar en la penumbra de un bosque misterioso.

—Nosotras podríamos vivir en la ciudad, porque medios no nos faltan—interrumpe la madre—pero una se «aquerencia» en estos peladeros...

—Si por mi fuera—dice la hija—me gustaría pasar el invierno en otra parte. Si viera Ud. qué triste es el campo cuando pasan días y semanas sin cesar de llover... No queda más recurso que el tejido, y mientras se teje, se piensa y se piensa...

—¡Estas niñas de hoy! exclama la madre, con reprimido malestar. Es lo que aprenden en las monjas... Si se preocuparan más de los quehaceres de la casa, no hablarían de aburrimiento... Con tantas finuras, las ponen «románticas».

La joven inclina la cabeza y guarda silencio respetuoso; su cuello delgado y blanco, florecido de pelusilla dorada cerca del nacimiento del cabello, se dobla con gracia e incita a la caricia.

Baltasar comienza a sentir el encanto de aquella alma recogida y silenciosa, y sus ojos la absorben en sus menores detalles.

—¿Y por qué no se va a vivir al pueblo?—le dice. Las niñas hermosas no tienen derecho a esconderse en cualquier rincón...

La joven ríe quietamente para ocultar su rubor, y la madre responde:

—Qué «bromista» es el señor.

Después de esta primera galantería se hace un silencio penoso. La madre juega con los dedos pulgares, con las manos sobre las faldas, y la joven baja los ojos al suelo en actitud pensativa. Por la puerta entreabierta que da al patio, se divisa un fondo de parrón, luminosa verdura que semeja un remanso cristalino. El sol comienza, sin duda, a caldear la atmósfera, porque se ven pasar por el patio ondas de aire, como arroyo invisible suspendido a cierta altura de la tierra. Un pollo que picotea cerca de la puerta asoma en el salón, vuelve hacia todos lados su cabeza sobre el cuello flexible, y parece como que mirase interrogativamente al visitante con sus redondos ojillos inyectados.

—¡Ah, chus!—grita la señora, y el intruso huye despavorido.

En ese mismo instante se oyen pasos en el patio, y la señora dice:

—Ahí viene Pancho...

La niña añade, como si despertara de un ensueño:

—Viene mi papá...

Se abre la puerta, y la silueta rechoncha de un hombre se recorta sobre el fondo luminoso del huerto.

Al verlo, Baltasar no puede reprimir un ademán de terror. Aquella cabeza de pelos enmarañados, aquellas cejas hirsutas, aquellos ojos sanguinolentos, los bigotazos espinudos y la espesa y negra barba cerrada, no pueden pertenecer sino a un bandido feroz. De pie bajo el dintel, apoya sobre un largo coligüe su mano, peluda como araña de cerros, y sus ojos buscan algo alrededor de la pieza en un movimiento convulsivo, como lo hubiese hecho el monstruo guardador de la Bella al sentir olor de carne humana.

Esperaba Baltasar cualquier cosa terrible, cuando escucha la voz brusca de la señora que increpa al recién llegado:

—¡Pero, hombre!... ¿Por qué te quedas ahí como un babieca?... ¡saluda, hombre!

Entonces el ogro, en vez de pulverizar a su cara mitad, avanza hacia la visita; se quita la amplia chupalla, y estrecha su mano con ademán cohibido, mientras tartamudea, con una voz aflautada, vacilante, tímida como la de un niño:

—¿Ud. es el so... so... brino... de... de... mi... mi... sea Dolorcita?

Baltasar hubiera deseado reír; pero reprime sus deseos y responde, muy serio, que trae encargo de

saludar a don Pancho y su familia, y de ofrecerles su casa de «Las Pataguas», y todo lo que al alcance de sus manos estuviera para servirles.

Don Pancho hace dos o tres visajes horrorosos y dice:

—¡Mu... mu ...chas gracias!

Mientras tanto, han salido las dos mujeres, y al poco rato vuelve la joven con una pequeña bandeja, una botella y copas. Es «mistela» de apio, preparada por la señora Domitila, advierte don Pancho mientras saborea el licor, que está fabricada con aguardiente de la propia viña de «Las Pataguas», de misiá Dolorcitas.

Luego se levanta don Pancho y dice que va a hacer que desensillen las cabalgaduras, porque no dejará irse a sus visitantes hasta la noche, después de comida, y ordena a su hija que lleve al joven a la huerta para mostrarle el palomar y las colmenas. Le advierte, además, que mientras preparan el almuerzo, atienda al caballero; que lleve la guitarra y le cante alguna de esas cosas que ha aprendido en la ciudad.

¡Bendito don Pancho! Baltasar hubiera deseado abrazarlo, mientras Humilde baja los ojos ruborosos y se estremece de timidez como una plantita al sentir las pisadas del jardinero. El joven concede, en ese momento, que no es tan espantosa la figura de don Pancho, y que hasta se insinúan en ella rasgos de oculta hermosura...

VAN a visitar la crianza de palomas en compañía de una hermana pequeña de Humilde, especie de animalillo de cara sucia y cabellos rebeldes. Humilde sirve de cicerone, y Baltasar escucha maravillado todo lo que profieren los labios de su acompañante.

Está linda la joven bajo su sombrerillo pastora, atado por dos cintas bajo el cuello. Ha ido perdiendo su timidez en contacto de las cosas familiares de su huerto y de la recogida atención con que Baltasar acoge sus menores palabras.

Una serie de postes que hay en la parte trasera de la casa sostienen, cada uno de ellos, lindas casitas de palomos, verdaderas viviendas de varios pisos, con sus corredores y ventanales diminutos. Las palomas forman una algarabía de gritos al ver aproximarse a un extraño; algunas emprenden el vuelo y revolotean por encima de sus cabezas; otras pocas, al reconocer la voz de su cuidadora, acuden en tro-

pel y picotean el suelo, arrullan y enredan como chicos de escuela en recreo.

—¡Que bonito!... exclama Baltasar, maravillado ante aquella población doméstica de simbólicas avecitas.

Entonces Humilde explica algunas peculiaridades de su población alada; sus celos, sus riñas y sus simpatías. Hay algunas que son revoltosas e indisciplinadas; otras, de carácter afable; hasta hay algunas que tienen temperamento romántico y se dejan morir de hambre por alguna desilusión sentimental. Pero los disturbios más sangrientos se producen entre las crías nuevas y las antiguas parejas, cuando los recién llegados al mundo pretenden establecer casa aparte o suplantar en el propio hogar a sus progenitores. El egoísmo parece no ser cualidad exclusiva de los hombres.

—Son verdaderas batallas, asegura la joven, y se matarían si no se les separase.

Toda esta explicación cobra especial encanto en labios de la joven, en pie sobre la grama verde, bajo el sol, con su blanco vestido y su rostro pálido, ligeramente coloreado por la agitación. En sus mejillas y en la barbilla, fórmanse, al hablar, ligeros hoyuelos que aparecen y desaparecen como otras tantas ventanitas de dulzura que se abren y vuelven a cerrar; los ojos adquieren tonalidades acariciantes, y se diría que sus cabellos, el nacimiento de sus hombros, su cuerpo entero, exhala perfume como una flor.

—Mire Ud., dice la joven, señalando un pimpanillo blanco que picotea el suelo cerca de sus pies, lejos de los otros pichones que se han ido desencantados al comprender que no se trata de un reparto de ración.

—Mire Ud., esta palomita es mi regalona. Se murió su pareja y ha quedado triste. Nadie la quiere entre sus compañeros, y está solita...

La toma entre sus manos, la acaricia y la retiene junto al pecho, cerca del blanco nido de su seno, prodigándole palabras de ternura.

—Se me imagina como yo... concluye Humilde en voz baja.

Baltasar cree percibir un temblor de lágrimas en la voz de la joven, y su corazón se esponja dulcemente dentro del pecho. Acercándose a ella, dice con suavidad:

—¿Habla Ud. de desgracia? ¿Por qué puede serlo Ud?

—Las apariencias engañan, responde ella con sencillez.

Bah! ¿Quién no se consideraría feliz en proporcionarle la dicha? añade Baltasar.

La joven vuelve la cabeza, y tal vez no puede explicarse, o no quiere entender, el alcance de las palabras del joven, porque echa a caminar apresuradamente, y dice con visible turbación:

—Todavía tenemos que conocer el colmenar...

BALTASAR resguarda su rostro de las temibles lancetas con una máscara de alambre que Humilde le ofrece, envuélvese las manos con una especie de guantes de tela gruesa, y se encaminan al fondo de la huerta. El sol cae a plomo sobre los árboles y volatiliza los perfumes silvestres que ascienden hasta el rostro en oleadas tibias, azucaradas.

—Olor a rosas... murmura Baltasar.

Humilde explica:

—Pasamos cerca del jardín. Los rosales han florecido más que nunca en esta temporada...

—¿Le gustan a usted las flores? interroga Baltasar.

—Oh, si...! En el jardín del convento había una madre hortelana que me quería mucho y me enseñó a cultivarlas.

—Ah! Ud. estuvo en las monjas!

—Dos años nada más—suspira la niña—hubiese deseado no salir nunca de allí.

—¿Y por qué? ¿Tan dura ha sido para usted la vida?

Queda sin respuesta esta pregunta, y Baltasar se promete no caer en nuevas indiscreciones.

Ahora, a las rosas, se mezclan los jazmines; de vez en cuando, el rústico olor de la yerba buena y del toronjil vence a los otros perfumes, y evocan la vida sana del campo libre.

Baltasar siente abrasadas las espaldas bajo el sol; la sangre se agolpa a sus mejillas, y una embriaguez de salud le hace concebir la vida en ese momento como una enorme crepitación en que se confunden los sonidos con los perfumes, y éstos con la visión deslumbrante del cielo, cruzado de pedrerías y saetas de oro.

Hubiera deseado quitarse la máscara que lo sofoca; pero ya se oye el rumor de las abejas que zumban junto a los colmenares próximos, y la voz de Humilde que le advierte:

—Cuidado... las abejas desconocen a los extraños.

Ella, en cambio, lleva el rostro y las manos descubiertas, y poco se cuida de los dorados insectos que revolotean alrededor de su cabeza; nimbada la frente por algunos finos cabellos sueltos que se escapan del sombrero.

Una veintena de colmenas se levantan sobre la alta yerba, como un pueblo de casas liliputienses,

Humilde explica a Baltasar algunas observaciones sobre la vida de las abejas; habla ingenuamente de la estupidez de los zánganos, del cariño de las trabajadoras por su reina, del vuelo nupcial y de la complicada organización de esos seres admirables e inteligentes.

Aunque conoce Baltasar, por los libros, todos esos detalles, escucha encantado las palabras de la niña. Su voz suavísima penetra como una caricia hasta su corazón, y le va relatando, sin que ella se dé cuenta, una cantidad de pequeñas intimidades de su vida solitaria y soñadora.

Como hace mucho calor, Baltasar propone que se guarezcan a la sombra de un cerco de membrillos y, como ella aceptase, se sientan en el pasto mullido. La hermanita de Humilde prefiere quedarse al sol y corretear detrás de una libélula que pasa en giros rápidos, haciendo brillar sus élitros delante de sus ojillos glotones.

¡Qué paz!... ¡Qué delicioso rincón de huerto!... Baltasar se quita la máscara, y luego hace lo mismo con los guantes. No es posible que las abejas se atrevan a molestarlo en tan inofensiva actitud.

Una dulce languidez se apodera de sus miembros; cerca de él está Humilde con sus faldas púdicamente recogidas. Nada hay en ella que provoque la voluptuosidad; sin embargo, cruza como una chispa por el cerebro del joven la idea de cubrirla de besos, de estrechar junto a sí su pecho, que sube y baja

ritmicamente a impulsos de la respiración, acariciar largamente los cabellos suaves, y aspirar el perfume de esa boca fresca que, al sonreír, muestra dos hileras de dientes blanquísimos. Se imagina que la conoce desde hace mucho tiempo, y que nada hay en la vida de la joven que no le pertenezca como derecho adquirido por mutuo consentimiento.

Siente unos deseos grandes de quietud, de que la vida continúe, como en ese momento, junto a Humilde, olorosa a yerbas silvestres, bajo ese palio maravilloso de verdura y de azul infinito. ¡Qué bueno sería quedarse para siempre allí, lejos del mundo complicado y traidor de las ciudades, y hacer de esa niña bondadosa y fresca una compañera de toda la existencia!

Pero un agudo dolor en una mano le hace ahogar un ligero grito. Una abeja se ha aprovechado de su descuido para enterrar en la carne su aguda lanceta.

Humilde palidece y, bruscamente, coge la mano herida entre las suyas, esprime suavemente la sangre de la picadura, y exclama, mirándolo a los ojos con la compasiva mirada maternal que poseen todas las mujeres de alma buena:

—¿No le decía yo?... ¡Hay que cuidarse de estas pícaras!

EN la tarde, después del almuerzo, Baltasar fué acaparado por don Pancho, quien salió en su compañía, a caballo, para mostrarle sus tesoros de campesino: el ganado lanar, las chacras y una pequeña lechería, instalada según los métodos rutinarios que se vienen sucediendo desde la colonia.

A la hora de comer, volvió Baltasar fatigado de la caminata bajo un sol de fuego—a través de áridos parajes que parecían pedir a gritos un poco de agua—con la sangre hirviendo por la agitación, y aburrido de la penosa compañía de don Pancho, hombre silencioso y tímido a pesar de su feroz aspecto, que hacía grandes esfuerzos para expresar la frase más sencilla.

Mirando los lomajes amarillos, o las chacras que formaban pequeños oasis en las vegas, Baltasar pensó durante todo el tiempo en Humilde y en las escenas en que intervino en la mañana. ¡Lástima de

niña, condenada a vivir en aquellos páramos desiertos, requemándose al sol como la yerba que naciera en las lomas en la primavera, para morir bajo el sol del verano implacable.

Al regreso, comieron bajo el parrón del huerto, cuando el sol estaba todavía alto en el horizonte. Don Pancho sirvió un vino oscuro de sabor acre, fabricado en los contornos a la manera primitiva, y brindó por misiá Dolorcitas y «po... por... su sobrino... que Dios conserve»...

Después de comer, como Baltasar rogara a Humilde con insistencia que cantase alguna tonada, la joven prometió hacerlo un poco más tarde, en la era de trigo, distante unas pocas cuabras de la casa. Se proveyó de cuerdas a la guitarra y salieron todos en comparsa, acompañados de un batallón de hermanos de Humilde, ocultos durante el día, y que fueron apareciendo al caer la tarde como brotados de la tierra. Eran doce en total, de todas las edades y los matices conocidos: hombres y mujeres; rubios, morenos, de ojos claros algunos; los más, de ojos oscuros... La señora Domitila llevaba en sus brazos al menor, de un año y medio apenas, y por los síntomas, que permitía reconocer la matiné de color verde rabioso con que la buena señora se había engalanado en honor del huésped, nuevo vástago venía ya en camino.

El trabajo había cesado en la era desde hacía rato. Sobre el extenso círculo de terreno liso, se le-

vantaban grandes montones de paja y rubias pilas de trigo ya aventado. Sacos repletos de grano esperaban en larga fila listos para el pesaje.

La comitiva buscó acomodo sobre la paja Mullida en dispersos grupos. Hacia el poniente, el sol lanzaba sus últimos rayos detrás de las lomas que se coronaban de franjas de oro, transformando los campos desnudos, con la rojiza claridad muriente, en paisaje de maravilla, impregnado de dulzura y de ensueño.

Mientras los niños corrían por la era persiguiéndose, saltando sobre los montones como cabritillos, y dejándose rodar desde lo alto en medio de gritos de alegría, don Pancho y la señora Domitila fueron a sentarse sobre las pilas de centeno dorado, en compañía de Humilde y de Baltasar.

El joven sentíase poseído por indefinible embriaguez. Buscaba los ojos de Humilde para depositar en ellos el flúido de pasión que comenzaba a florecer en su alma. Sentía que las lágrimas se agolpaban a los ojos, sin motivo; no sabía si de alegría, de agradecimiento o de dolor. La tristeza del atardecer penetraba a su corazón con violencia lacerante y lo llenaba de místico arrobamiento. Hubiera deseado arrodillarse y murmurar no se sabe qué oración férvida y candorosa.

¿Correspondería ella a las solicitudes de su corazón? Baltasar no hubiese podido asegurarlo. Por momentos, los grandes ojos bellos, quietos bajo la

sombra de las pestañas, parecían humedecerse de emoción, pero luego huían y se clavaban en el suelo con resignada fijeza, como si una fuerza extraña los obligara a obedecer.

Durante la tarde, Baltasar no pudo reanudar la sabrosa conversación iniciada por la mañana en el huerto, y ahora pretendía acercarse a la joven para deslizar algunas palabras que tradujesen su estado de ánimo. Pero Humilde no lo permitió; durante todo el tiempo retuvo junto a sí, como un escudo, a una de sus hermanitas pequeñas, limitándose a responder con vaga sonfisa a las insinuaciones de Baltasar.

La señora Domitila rogó a la joven que cantase en honor del visitante. La joven tomó la guitarra que le ofrecía uno de sus hermanos, y mientras aparecía en el horizonte la luna sobre el campo recogido en el silencio de las sombras que se habían apoderado de él, Humilde entonó con voz suave y límpida algunas canciones. ¡Ah, el cantar del pueblo! ¿Qué tienen sus cantos que penetran tan profundamente en el alma? Toda la sentimentalidad dormida en los seres primitivos parece escaparse en las sencillas estrofas, como una queja inconsciente del espíritu aprisionado en la vulgar materia.

...Por qué te quiero tantol
no lo sé, no lo sé;
mis ojos vierten llanto,
y por qué, y por qué...

Así solloza la voz de Humilde, y hay en esta queja desolada como un llamamiento, como un invisible aleteo de paloma herida, que pide consuelo a un sér que ha de bajar por un rayo de luna a socorrerla, a mitigar el ansia de amor que la consume.

Baltasar se imagina que es a él a quien pide Humilde un apoyo, y mentalmente responde a la joven que pidiera todos los sacrificios... que estaba dispuesto a morir por ella, por su amor inocente y puro. Pero la voz de Humilde se hace de pronto más dolorida, y clama esta vez con más desgarramiento que en la canción precedente:

Para angustias, tormentos y penas,
a este mundo fatal yo he venido
y tan sólo a la muerte le pido
que a tus pies me permita expirar!

Baltasar se rebela al escuchar esta nueva estrofa. ¿Por qué ese fatalismo desolado? ¿Por qué, linda flor, has de nacer sólo para el sufrimiento, cuando la vida es tan hermosa a tu alrededor? ¿Es que tu corazón ha recibido algún desencanto, o es que pesa sobre tu vida el abatimiento secular de una raza oprimida? Estrellita, jazmín de mi huerto, yo te cuidaré...!

...Más no creas que loca me atreva
a inspirarte un cariño imposible...

Oh! Baltasar no puede soportar ya por más tiem-

po. «¿Por qué va a ser imposible? ¡Pero si ya la adoro, y apenas la he conocido esta mañana! Mi vida entera la colocaré a tus pies, y nada podrá impedirme que sea tu esclavo»!

Y la voz de Humilde, como si escuchase este mudo juramento, cobra dulzuras extrañas para decir:

has prendido en mi pecho una hoguera
del más puro y más férvido amor...

Poco después la voz calla y Baltasar, que tenía pocos momentos antes un borbotón de palabras a flor de labios, se siente intimidado ante el silencio.

«¡Qué tonto! ¿No ha tomado por verdaderas todas las quejas de las canciones que Humilde no hace otra cosa que repetir? Pero si ella no tiene por qué ser desgraciada, ni sentir angustias, ni menos amor por él, un desconocido!»

Y se limita a decir en voz alta alguna frase banal de elogio.

—¡Que bonita canción!... Canta usted con mucho sentimiento...

Humilde lo mira sonriendo, y vuelve la cabeza hacia el campo invadido completamente por las sombras. Luz de luna platea los lomajes, y en las partes oscuras parecen moverse seres alados que se persiguiesen mutuamente en un juego silencioso. En el pantano próximo, los sapos elevan hacia el cielo estrellado una canción rústica y sencilla. Los

chicos, tendidos en los montones de paja, se han dormido formando un grupo. La señora Domitila escucha, en actitud somnolienta, con su niño en las faldas, mientras don Pancho cabecea dulcemente haciendo esfuerzos para dominar el cansancio.

La madre se levanta, y dice:

—Vamos andando... Se ha hecho tarde.

Don Pancho repite:

—Se ha hecho tarde...

Humilde se levanta y, al volver la cabeza hacia Baltasar, éste cree percibir en sus ojos una lágrima que brilla semejando un diamante bajo la claridad lunar.

Regresan en silencio, como si una pena oculta pesase sobre sus almas. Al llegar al patio de las casas, divisan sombras que se mueven bajo el sauce y una ascua roja que brilla con intermitencias en la obscuridad. Es Juan Ramón que espera fumando un cigarrillo, junto a los caballos ensillados, listos para partir!...

DE regreso a «Las Pataguas», Baltasar camina al paso de su cabalgadura, embebido en hondas meditaciones. Junto a él marcha Juan Ramón, quien da muestras de impaciencia por la calma de su amo.

¿Qué le parece, don Baltasarito, que galopáramos un poco?

Baltasar no responde. Contraído el ceño, inclina la cabeza sobre el cuello del caballo. En el silencio de la noche, los cascos resuenan sobre el duro camino como si golpearan sobre hueco. La luna se alza en el cielo como el blanco rostro de una novia ideal, y proyecta sobre el camino la sombra de los dos caminantes. Un ambiente tibio, con olor a tierra asoleada, se mueve en suaves oleadas sobre la campiña.

Juan Ramón insiste:

—Es un decir, patroncito... ¡A este tranco no llegamos en toda la noche!...

Baltasar levanta la cabeza y responde:

—Mejor... Está tan linda la luna!

—Pero la cama está bien buena tamién... Mañana tengo que levantarme de albita para traer del pueblo el caballo rosillo de su mercé...

—No seas majadero, Juan Ramón!...

El mocetón guarda silencio y, para disimular su inquietud, silba a la sordina una canción de campo. Baltasar vuelve a ensimismarse. De este modo caminan durante largo trecho, hasta que Juan Ramón se decide de nuevo a interrumpir las cavilaciones de su amo.

—El año pasado mataron a uno por aquí cerca... dice.

Baltasar no hubiera hecho caso a esta advertencia maliciosa, si su caballo no se hubiera detenido bruscamente en medio del camino, con las patas tiesas y las orejas erguidas, resoplando por las narices con fuerza.

—¿Qué hay, Juan Ramón?

—No es ná... Es que los caballos han visto las luces que le prienden al finao...

En efecto, a pocos pasos se erguía uno de esos túmulos de piedras que se elevan en los campos y que indican el lugar en que se ha cometido un crimen. Resguardadas del viento por algunas latas mohosas, ardían algunas velas a medio consumir, de esas que nunca faltan en tales lugares, prendidas por almas temerosas del misterio de la muerte, en

pago de servicios de ultra tumba prestados por los difuntos.

—Ahí mismito fué donde lo mataron, dijo Juan Ramón, señalando el túmulo.

Espoliados por sus dueños, los caballos prosi-guieron su camino.

Baltasar pregunta:

—¿A quien mataron?

—Entónces no supo, su mercé?... a mi compaire Zacarías Avendaño... inquilino de «El Pantano»...

—¿Y quién lo mató? interroga Baltasar, vivamente interesado por tratarse de un hecho ocurrido en el fundo de Humilde.

—¿Quiere que le diga, don Baltasar?... Yo no podría decir quién mató a mi compaire... pero yo estoy casi segurito de que fué una persona que yo conozco...

—¿Quién?...

—Si su merced me lo permite... yo se lo diré... Continás que todo el mundo lo dice... en voz baja, si se quiere, pero lo icen...

—¿Y el juez no ha castigado al culpable?

—¡Psch!... Cuando hay plata, no hay justicia pa los criminales, patrón!

—¿Y quién crees tú?...

—¿No se fijó en ese guaina bien pareció que nos topamos al llegar a «El Pantano»?

—¿El primo de Humilde?

—El mismo... Ese es el que mató al pobrecito de mi compaire. Don Saúl Araneda se llama...

—¿Y por qué lo mató? dice Baltasar, conteniendo un estremecimiento de frío que le recorre el cuerpo.

—Por cuestión de mujeres, dicen. Mi compaire estaba casao con una parienta mía, la Dorotea, bonita muchacha, aunque me esté mal el decirlo. Don Saúl la cortejaba de firme, y mi compaire estaba celoso. En unas topeaduras que hubo en «Las Pataguas» el año pasado, se encontraron los dos hombres, se palabriaron, y don Saúl entonces se la juró a mi compaire. Juan Ramón guarda silencio un instante, y luego añade... Pocos días después, amaneció muerto ahí onde le dije, con una cuchillada en el vientre y un machetazo en la cabeza... Así son las cosas de la vida... Además de quitarle su mujer, lo despachó para el otro mundo!... ¿Tiene cigarros, su mercé?.. ¡Tengo unas ganas de pitar!

Baltasar alarga un cigarrillo a Juan Ramón, y exclama:

—¿No hubo nadie que acusara al culpable?...

—Si hubo... y el guaina alcanzó a estar preso; pero los Aranedas tienen parentesco con el juez del crimen, y se le echó tierra al asunto...

Caminaron en silencio durante algunos momentos. Los pasos de los caballos adquieren por momentos un compás solemne. En las lejanías, aulla lastimero un perro. Por la campiña se mueven vagas som-

bras, espejismos sin duda, agrandados en esos momentos por la imaginación exaltada.

Juan Ramón añade, después de encender un cigarrillo:

—Ahí tiene usted lo que son las cosas. Pocos meses después del proceso, Filidor Campos, que declaró en contra de don Saúl, apareció muerto por casualidad, ahogado a la orilla del estero del Tugal.

—¡Otro crimen!

—Yo no sé ná... Pero el «niño» es de los güenos... Alguien asegura que lo vieron en el salteo de «El Boldo», al otro lado de «Las Cruces»... Dicen que está en connivencia con Pancho «el Largo», capitán de una partida, y otros aseguran que el verdadero capitán es él mismo...

—¡Eso dicen!

—Bah! y si así no fuera ¿de qué vive entonces don Saul? Su padre es pobre... él no trabaja en ná... ¿Y no lo vió al entrar a las casas del Pantano? ¡Anda siempre de punta en blanco, y en las remoliendas bota la plata a puños!

Baltasar vuelve a entregarse a sus cavilaciones. Juan Ramón fuma. Al cabo de un instante, el muchacho dice:

—Tenga cuidado, don Baltasarito; tenga cuidado con ese peine... porque lo quiero se lo igo...

—¿Qué dices?

—Que don Saúl anda siempre junto con la seño-

rita Humilde, y aseguran que entre ellos hay más de algo...

Baltasar echa centellas por los ojos.

—Cállate, Juan Ramón, si no quieres que...

Juan Ramón hace un vago ademán de defensa, y dice con timidez...

—¡Es un decir, don Baltasarito, un decir nada más, para que tenga cuidado!

Pero Baltasar no le escucha. Pica espuelas a su caballo y emprende el galope con el ceño contraído, los ojos fijos con dureza en la obscura lontananza. Los cascos de su caballo parecen herir con rabia el duro suelo; sus manos se contraen nerviosas.

DESDE ese día Baltasar perdió su natural alegría juvenil, y más de una vez se le vió pasearse a lo largo de los corredores del caserón de campo, con la vista fija en un punto indeterminado, como si buscara la solución de algún problema.

—¿Que estás enfermo, niño?... preguntábale tía Lolo. Te veo muy afligido.

—No, tía... Son estados de ánimo... ¡Ya pasarán!

Dos veces durante una semana volvió a «El Pantano» con diferentes pretextos. La primera vez no halló a Humilde en casa, y supo, de labios de don Pancho, que había salido al pueblo en compañía de su madre con el objeto de hacer algunas compras. La segunda vez encontró en el patio el caballo de Saúl Araneda; ese día, aunque el primo no asomó por ninguna parte, Humilde recibió a Baltasar con aire fugitivo e inquieto, como si temiera la vigilancia

de alguien que la atisbara por las endijas de la puerta. Volvía la cabeza, con mal disimulado sobresalto, hacia afuera, y contestaba a las palabras del joven con frases vagas, de simple cortesía.

Si la primera vez regresó Baltasar con la desagradable impresión de vacío que producen los deseos frustrados, en la segunda visita se trajo el acre amargor que se experimenta al recibir un golpe en plena cara.

Una sola esperanza guardaba aún Baltasar: la señora Domitila había prometido visita a la dueña de «Las Pataguas» para el próximo día festivo, y entonces tendría ocasión de hablar libremente con Humilde. En espera de ese momento, pasó horas de febril inquietud, repitiendo mentalmente todo lo que debería decirle a la niña, y anticipando las posibles respuestas.

Comenzaría por preguntar si tenía libre su corazón, explicaría, en seguida, la impresión que le causara el día en que la conoció, y concluiría por decirle que la amaba ya con un cariño fuera de toda razón.

Porque estaba loco... era verdad; Humilde se había apoderado de todos sus pensamientos, y ya no podía ver las cosas que lo rodeaban sin enlazarlas en la mente con la suave imagen de ella.

Cuando llegó el día Domingo, Baltasar anduvo desde el alba dirigiendo los preparativos de recepción. Las más gordas aves del gallinero fueron ofrecidas en holocausto a los huéspedes, y las flores pre-

feridas de jardín, pasaron a adornar con derroche el comedor y el salón de la casa.

En repetidas ocasiones, durante la mañana, salió Baltasar al camino de «El Pantano» a ver si aparecían los que esperaba.

Era un día de calma absoluta. El cielo no estaba empañado por la más ligera nube, y el sol imperaba sobre el recogimiento de los campos. Se veía, desde la parte posterior de las casas, la carretera deslizándose por bajos y lomas en perezosa ondulación de sierpe aletargada. Allá muy lejos, en el punto en que parecían juntarse el cielo y la tierra, se divisaba, de vez en cuando, una nubecilla de polvo sobre el camino. El corazón de Baltasar palpitaba con violencia, e intensificaba la potencia de las pupilas para distinguir a los que se acercaban. Poco a poco iba agrandándose la nubecilla, se perdía por momentos detrás de una loma, y volvía a aparecer hasta que, de pronto, surgían en un recodo las siluetas en su tamaño natural. Desencanto; era una pareja de huasos endomingados que pasaban cargados de paquetes, haciendo tintinear sus grandes espuelas, con sus mantas de color y sus anchos guarapones, o asomaba una carreta que se arrastraba rechinando una doliente canción de aburrimiento.

Por fin, muy cerca ya del medio día, llegaron los dueños de «El Pantano» acompañados de su hija Humilde, que venía bellísima. El calor y la agitación de la caminata coloreaba ligeramente sus mejillas, y

sus ojos relucían con una viveza febril y acariciadora.

Mientras tía Dolores hacía los honores de sus huéspedes con la sencilla nobleza que realizaba sus actos más triviales, Baltasar colmaba de atenciones a la joven, rodeándola de un círculo de afecto que la halagaba y confundía. Cuidó personalmente bajarla de su montura, y luego recomendó a Juan Ramón que cuidara de modo especial de su caballo; hizo acompañar a la joven con una sirvienta a las habitaciones de su tía para que se arreglara sus ropas y limpiara sus vestidos del polvo del camino; la sirvió personalmente un refresco para que remojase la garganta reseca por el calor, y la llevó en seguida a los lugares más frescos del corredor para que descansara.

Demostraba Baltasar actividad y la alegría de otros tiempos, ejerciendo todos estos menudos servicios con la rendida actitud de un esclavo dispuesto a agradar a su dueña. Humilde agradecía con blandas miradas. Sus apacibles ojos se detenían conmovidos en las pupilas de Baltasar y le decían, en su acariciante mudez, que no merecían las atenciones que con tanta gentileza le prodigaban.

En el almuerzo, tía Lolo ocupó un asiento entre don Pancho y la señora Domitila; Baltasar y Humilde quedaron frente a frente en la mesa, separados por enormes búcaros de flores y ramas de helecho. Entre la verde ramazón florida, los ojos de

Baltasar buscaban los de la niña, y ella se abandonaba a este inocente juego con una coquetería ruborosa que le prestaba doble encanto.

Durante el almuerzo, don Pancho y misiá Domitila hablaron de las cosechas, de la rendición de las papas y de los posibles precios del trigo. Tía Lolo escuchaba con atención, y respondía con bondadosa sonrisa a las insistentes majaderías de los buenos campesinos. Inconscientemente, los forasteros rendíanle homenaje a la vieja dama y a pesar de sus esfuerzos para disimular su aturdimiento al encontrarse bruscamente en aquel medio de relativa elegancia. Imponíanles los vetustos muebles de caoba y los pesados servicios de plata, el brillo de las cristalerías en los armazones. Llamábanla afectadamente vecina, como haciéndole sentir que eran sus iguales, y buscaban ocasión de hablar al desgaire de sus relaciones con personas influyentes de la localidad, y de sus parentescos con algunas autoridades del pueblo.

Sin desearlo, tía Lolo volvíalos a la realidad con una sencilla frase de evocación.

—Ah, sí!... Recuerdo haber conocido al padre de los Araneda. Muy buena persona; Policarpo, mi marido, lo estimaba mucho!

Ninguna mala intención había en tales palabras; pero las pobres gentes enrojecían hasta las orejas al recordar que sus antepasados habían sido sirvientes de los dueños de «Las Pataguas».

Como la señora Domitila procurase adular a tía Lolo, hablándole de la riqueza de sus posesiones, la buena señora respondió:

—No vale demasiado todo esto, nó...!

Hubo un tiempo en que todas las tierras de las cercanías pertenecieron a mis antepasados. Mi tata-rabuelo, Elías del Solar, recibió, en pago de sus servicios al rey, una encomienda que abarcaba un departamento entero, y el título de marqués de la Rosa Florida. Poco queda de su pasado esplendor; unas pocas propiedades, que dan apenas para vivir.

Hablaba sin darle mayor importancia a sus palabras, resignada a su suerte de relativa mediocridad, codeándose con sus rústicos amigos en una confianza de sér intangible, que ningún contacto puede manchar.

Baltasar, mientras tanto, conversaba con Humilde y la atendía con exquisita cortesía, cuidando de que nada le faltase a su alrededor.

Después de almuerzo, tía Lolo y sus invitados pasaron al corredor que miraba hacia el oriente, dando espaldas al ardiente sol de verano. Una frescura de sótano atemperaba esta parte del caserón; por sus pilares subían enredaderas frondosas, madreselvas, flores de la pluma y yerbas que se entrecruzaban para formar arcadas, entre las cuales se veía el paisaje inundado de luz fulgurante.

Don Pancho se arreplantigó en un cómodo sillón de brazos y, bajo la influencia del vino, de la abun-

dante comida y de la costumbre adquirida, muy pronto fué sumergiéndose en agradable sopor, hasta terminar por quedarse profundamente dormido.

Su mujer lo despertó de un codazo, a la disimulada, y el pobre hombre, con los ojos muy abiertos y haciendo visajes horribles, dió algunas excusas. Baltasar lo tomó de un brazo y lo condujo a su cuarto.

Estaban sentadas en el corredor tía Lolo, Humilde y su madre, cuando ocurrió un hecho curioso. La señora Domitila hablaba de sus relaciones, dándose importancia de gran dama, cuando acertó a pasar por ahí la cocinera de «Las Pataguas», vieja gorda, luciente y bonachona, que servía a la casa desde que era pequeña. Llamóla tía Lolo para indicarle que, si iba a la huerta, recogiese alguna fruta fresca para los invitados. La mujer se detuvo a cierta distancia, y después de varias vacilaciones dirigió la palabra a la señora Domitila, que volvía el rostro en sentido contrario, turbadísima.

—¿Cómo está?... ¿qué no se acuerda de mí?

La señora Domitila se agitó en su silla como si la pincharan agujas por todo el cuerpo. La situación hubiera cobrado caracteres angustiosos, si Humilde no la hubiera resuelto con un razgo de llaneza, digno de su corazón ingenuo; acercóse a la vieja sirviente y la estrechó en efusivo abrazo. «¡Qué gusto de encontrarte, Petita; tanto tiempo que no te veía!»

—¡Niña! reprendió severa la señora Domitila.

—¡Pero, mamá! repuso Humilde. ¿Qué ya no te acuerdas de la Petita? ¡Cómo se hubiera alegrado la Graciela de ver a su madrina!

La señora Domitila, dominando su turbación, muy erguida en su asiento y los labios fruncidos, se limitó a lanzar un frío: ¿«Cómo está Peta»?

La buena mujer respondió con cariñosa complacencia.

—Yo estoy bien, comadre, gracias... ¿Y por su casa, buenos?... ¿Y el compadre, y mi ahijadita?

Era tan sencillota la pobre Peta, que no comprendía la imprudencia de su actitud, y si no hubiese sido por el respeto que le inspiraba su señora, se hubiese acercado a darle un abrazo a su comadre, que la observaba con espanto.

—Anda, Peta... dijo tía Lolo, que seguía la curiosa escena con sus ojillos maliciosos y socarrones. Anda y trae frutas a las visitas.

La vieja Peta hizo ademán de alejarse.

—¿Me da permiso, señora, dijo Humilde, dirigiéndose a tía Lolo, para acompañar a Petita a la huerta...?

—Vaya, hijita, dijo ella cariñosamente. Y que la acompañe Baltasar.

El joven había presenciado parte de la escena desde el umbral de la puerta; conmovido por la actitud de la joven, se acercó al grupo y dijo con suavidad:

—Con mucho gusto... ¿Vamos, señorita Humilde?

EL verano descargaba su látigo de llamas sobre los cerros dorados de espigas y sobre los valles verdes cruzados de acequias murmurantes. En los campos, los animales buscaban la verde protección de los árboles. Acá, en las granjas, las aves soñolientas sacudían sus plumas o buscaban un poco de agua fresca bajo los setos vivos de los huertos, por donde solía pasar un hilillo de agua cristalina desbordada de los canales.

—Hace calor—murmuró Baltasar, desolado de no poder ofrecer a su amiga un paseo más agradable. Habían buscado un poco de fresco bajo los árboles de la huerta; pero ni los altos nogales con sus hojas transparentes, ni las higueras con su espeso follaje inclinado hasta el suelo, como alas cobijadoras, ni los esbeltos cerezos con sus largas ramas derechas, ni los perales cargados de frutos olorosos, fueron capaces de ofrecerles la suficiente protección contra

la atmósfera candente. Cansados de caminar por la estensa arboleda en busca de un refugio, se detuvieron junto a los membrillares que formaban una tupida ramazón en el fondo del huerto. El pálido rostro de Humilde se había coloreado ligeramente. En la frente, bajo las ondas suaves de sus cabellos, brotaban algunas gotitas cristalinas, y sus ojos parecían haber adquirido un suave fulgor aterciopelado.

—¿A dónde se habrá ido esta mujer? murmuró Humilde, buscando con la vista a la sirvienta.

Baltasar hizo pantalla con las manos para librarse de la luz cegadora, y luego murmuró, señalando entre las ramas de los árboles:

—Allá la veo... Está recogiendo frutas bajo aquel peral...

Esperaron. Baltasar volcó un grueso tronco e invitó a sentarse a la joven. Sentóse ella y como lo viera de pie, observándola entre las hojas mientras masticaba la punta de una ramita, recogió su vestido y le ofreció un lugar junto a ella. Al sentarse Baltasar, quedaron tan cerca el uno del otro que casi se rozaban por los hombros.

El joven percibía un perfume de carne femenina, la palpitación tibia de su sangre caldeada por el sol y el blando vaivén de su seno juvenil. Miró de soslayo el rostro de su amiga, y le fué menester un verdadero esfuerzo para ahogar sus deseos de estrecharla y besarla a plenos labios, morder su redonda barbilla de fruta fresca.

—Humilde...

Ella lo miró entre ruborosa e incitadora.

—¿Qué quiere?

Baltasar bajó los ojos, recogió del suelo un pequeño guijarro i se limitó a decir:

—¡Qué agradable es la vida a veces!

Ella no contestó. Levantó los ojos hacia la techumbre de finas hojas cubiertas de pelusilla, y dijo picarescamente, rehuyendo la respuesta:

—Mire... mire allá arriba!...

—¡Un picaflor!

Una avecilla, ligera y tenue como un insecto, se detuvo un segundo sobre sus cabezas, moviendo sus alas con una vibración que las hacía invisibles. Se dijera una flor tornasolada que pendiese, en el aire, de un hilo de luz besando con el aguzado punzón de su pico el jugo de las frutas maduras. Pero un rápido e inesperado giro lo llevó lejos, silenciosamente, tal como había llegado.

Como si hubiera sobrevenido una paralización en la atmósfera sofocante, ni una sola hoja de los árboles se movía. Una gallina, entontecida por el calor, pasó corriendo junto a ellos con las alas extendidas y fué a cobijarse bajo una mata de malva silvestre. Humilde plegó los párpados y extendió lánguidamente las manos sobre sus faldas, como si el sopor de la siesta comenzara a invadirla.

Por la mente de Baltasar cruzó rápida una idea que cobró por un momento el relieve de la realidad.

Se vió inclinando el rostro y buscando los labios con un movimiento pausado. Humilde no haría un solo movimiento de resistencia; por sus labios tibios pasaría la sangre en lentas oleadas; abriría los párpados y sonreiría. Baltasar la besaría una y otra vez en la boca, en las mejillas perfumadas, en los ojos de sedosas pestañas, en la blanca frente y en los cabellos suaves. Humilde le echaría los brazos al cuello ¡qué dulzura!... La visión pasó. El aroma de los campos parecía exhalarse por todos los poros de la tierra y de las plantas, como una muda ofrenda de voluptuosidad exuberante. El canto de las chicharras llegaba a través de los árboles como una palpación de la naturaleza que se ofrecía en ese momento plena y confiada.

Se acercaban pasos y se oyó el roce de un cuerpo entre las varillas de los árboles. Apareció bajo los cerezos la rubicunda figura de Peta, sudorosa, cargando fatigosamente un canasto de frutas.

—¿Qué hay, niños?... ¡Salir con este calor!...

Mejor sería que se fueran al Puquio de las Pataguas... Allí debe de estar fresquito...

Fué una idea luminosa que hizo levantarse bruscamente a Baltasar.

—¿Vamos, Humilde? propuso.

—Vamos...

Peta dejó el gran canasto en el suelo y cogió de él algunas frutas.

—Peras de agua... ¿quieren?... Yo tengo que ir a

la huerta del puquio a cortar choclos y repollos para la comida...

Se pusieron en marcha. Atravesaron por una puertecilla y fueron a dar a una ladera de tierra rojiza por la cual bajaba serpenteando un caminito aldero.

Peta marchaba adelante. Humilde y Baltasar la seguían.

—¡Qué maravilla! exclamó Humilde a medida que se acercaban al bosque. ¡Bien me habían dicho que esto era muy lindo!

A la sombra de los grandes árboles centenarios se guarecía la huerta, y sobre su cerco rústico asomaba el verde follaje de los maíces altos, como lanzas araucanas, y de los frejoles que enredaban sus zarcillos en las plantas vecinas. Los girasoles y las hojas de zapallo asomaban también sus rostros dorados en complacida sonrisa bonachona.

Dejaron a Peta ocupada en arrancar provisiones para la comida, y se fueron en busca del agua cristalina y de la sombra protectora.

Baltasar observaba a su amiga. Notaba en ella una secreta alegría, mayor libertad de movimientos, como si la hubieran desatado por un instante de invisibles ligaduras. Desde que la había conocido, Humilde parecía siempre con el espíritu ausente, envuelta en una melancólica atmósfera que la separase de los que la rodeaban, con sus bellos ojos vueltos temerosamente hacia un punto distante que

los atrajese y aterrorizase al mismo tiempo. Ahora marchaba confiada, con el alma libre y llena de alegres pensamientos. La agitación de la marcha había hecho desaparecer la palidez de su rostro, que le diera un aspecto de ser vampirizado, y su cuerpo joven y ágil perdía el encogimiento monjil que le era habitual.

—Ya estamos... murmuró Baltasar, quitándose el sombrero y enjugándose el rostro sudoroso.

Penetraron, por el caminillo, bajo la solemne frondosidad de las altas pataguas. Los troncos agrietados se elevaban como rústicas columnas hacia la bóveda de ramas, que ocultaban la luz del sol casi por completo. A sus pies, en el suelo cubierto de hojas secas y ramitas podridas, las raíces terrosas se entrecruzaban como venas descomunales de la tierra o como brazos petrificados de pulpos gigantes. El silencio sonoro del bosque y la frescura del subterráneo que los rodeaba, les infundió un inefable bienestar.

—¡Qué fresquecito está aquí, murmuró Humilde Y pensar que a pocos pasos la tierra está como un hornol

En un espacio circular rodeado de troncos cubiertos por enredaderas y pequeños arbustos, en un sitio en que las ramas de los árboles formaban una bóveda más espesa que en otras partes, bajo la verde claridad que prestaba misterio al ambiente, había una depresión del terreno. Apartando los helechos

que lo rodeaban, aparecía el agua cristalina, como un espejo oculto y limpio, que parecía mirar hacia lo alto con una mirada de místico embeleso. Una escalera labrada en la misma tierra húmeda y arcillosa, permitía bajar hasta el fondo. Allí venían las gentes de los contornos, como pastores de leyenda bíblica, en busca del agua fresca, y volvían con sus cántaros de barro rebosantes del precioso líquido. Más de un idilio campesino floreció en la perfumada alfombra de violetas silvestres que rodeaban la fuente, y más de una vez se unieron dos labios sedientos en un beso de amor, no menos dulce que el agua de la solitaria vertiente.

—¡Qué hermosura! repitió Humilde, juntando las manos en adoración.

Su figura, vestida de blanco, adquirió en la penumbra una diafanidad misteriosa. Una ninfa del bosque no tuviera para Baltasar el encanto de la joven avanzando como fascinada por la mullida alfombra de yerbas verdes.

—Sentémonos a descansar—propuso el joven. Baltasar cogió para ella una brazada de helechos y luego, como Humilde manifestara deseos de beber del agua de la fuente, él cortó una gran hoja de nenúfar, y, ahuecándola en embudo, ofreció a la niña el líquido entre sus dos manos extendidas. Humilde bebió. Sus guedejas se humedecieron en el agua cristalina. Al erguirse, algunas gotitas se deslizaron

como pequeños diamantes por la comisura de los labios y por la barbilla.

Satisfecha su sed, levantó la cabeza y se limpió los labios. Baltasar la observaba con dulce emoción. Al encontrarse las miradas, sonrieron dulcemente. En seguida, como dos buenos hermanos que nada tienen que temer el uno del otro, se sentaron sobre la yerba y comenzaron a charlar con sosiego, recordando, a veces, episodios del pasado, divagando otras sobre el porvenir. Humilde hablaba como una colegiala; reía ingenua; demostraba su regocijo interior en una especie de embriaguez inocente. Baltasar, al escucharla, sonreía pensando que el alma de Humilde era más fresca, pura y cristalina que el agua que filtraba la tierra aromosa.

De vez en cuando partía, desde el corazón sonoro del bosque, un grito corto de algún pájaro perdido en la espesura; resonaba como un llamado melancólico que el eco repetía en las concavidades de los árboles. Allá lejos, un grito hermano respondía aproximándose cada vez más.

Se desprendían algunas hojas secas de la bóveda verde y caían en espiral, lentamente, produciendo, al tocar el suelo, un ruidecillo seco que, en conjunto, semejaba un suave parloteo de seres enanos.

Humilde hablaba de su infancia, recordaba su estadía en el convento de la ciudad; qué bien se sentía entre sus muros apacibles y protectores!... Ella hubiera deseado quedarse allí para siempre,

quemando incienso al Señor y cantando en coro ante los altares perfumados. Pero nó... su vida sería muy distinta. Tendría que pasar toda su existencia en aquellos páramos reseco, inhospitalarios, entre campesinos toscos y despiadados!...

Una inmensa compasión brotaba desde el fondo del alma de Baltasar. Hubiera deseado coger entre sus brazos a aquella blanca palomita campesina y preservarla de todos los peligros, rodearla de todas las dulzuras. Escuchándola, soñaba. Soñaba en una existencia de ventura, junto a este bosque cobijador, amparados bajo su verde follaje contra el sol que abrasaba sobre las copas tupidas. Un nido de amor. Lejos de la ciudad tumultuosa y de sus luchas mezquinas. Hijos sanos y vida hacendosa, junto a la madre naturaleza, exuberante y buena...

La voz de Petronila que los llamaba a la distancia, les hizo volver a la realidad; se levantaron para emprender el regreso a través de la tierra seca y caldeada.

ESA tarde comieron más temprano que de costumbre, cuando el sol estaba todavía alto.

Tía Dolores hizo disponer la mesa en el ancho corredor que caía al jardín; el perfume de sus flores se mezclaba al de las que adornaban la mesa con profusión.

Baltasar observaba a la joven, y Humilde devolvía sus miradas sin ninguna reserva. Parecía dulcemente embriagada por este día lleno de emociones. Su timidez se había transformado en confianza, y su natural encanto redoblábase con la casta provocación de sus ojos protegidos por sedosas pestañas.

Sentía Baltasar que la joven comenzaba a pertenecerle; había conseguido absorber su cándido espíritu con su impulsividad masculina. El resto le parecía lo más sencillo. Bastaría hablarle, decirle cuánto era su cariño, para que ella le confesara su rendimiento. Si Humilde hubiese guardado algún amor

para aquel primo que por un instante viera Baltasar como un peligro, bastaría aquella tarde de alejamiento y de intimidación para arrancarla de las garras de una sombra vampíresca. Aquel primo era el gavilán que pudo fascinar a la avecilla con sus duros ojos cargados de flúidos imperiosos; pero que perdía su influjo tan pronto como su víctima lograba substraerse del círculo de su influencia maléfica. ¿Era posible que la delicada niña pudiese amar a aquel rústico tenorio campesino? ¡Ah, el gavilán! Ya se verían las caras alguna vez.

Tan pronto como terminaron de comer, los huéspedes comenzaron los preparativos; don Pancho, un poco alegre bajo la influencia del vinillo de «Las Pataguas», redoblaba sus atenciones con la señora Dolores, hablándole ahora de futuros negocios que que consolidarían su amistad de buenos vecinos. El huaso aprovechaba la ocasión para decidir en su favor viejos pleitos de aguas y de linderos; tía Dolores sonreía. Su compostura señorial, su severo y pulcro vestido negro y sus manos blancas y finas, se acentuaban en contraste con los rudos gestos de aquellos campesinos que movían sus manotas velludas al hablar, y contraían el rostro para expresar sus burdos pensamientos. Doña Domitila exageraba su familiaridad con la «vecina», hasta el extremo de que poco le faltaba para tutearla. Tía Dolores callaba y sonreía.

Cuando se levantaron de la mesa, el sol comenza-

ba a declinar. Un vientecillo juguetón oreaba la atmósfera. En el jardín, una muchachita regaba las plantas, y la tierra bebía el cristalino líquido y parecía devolver un jubiloso vaho de agradecimiento desde sus entrañas reseca.

A los lejos, los animales lanzaban largos mugidos, como si expresaran una indecible admiración por el encanto vaporoso que comenzaba a invadir la campiña. Todas las cosas parecían adquirir de pronto dulce y grave melancolía, como si hubieran logrado arrojar, tras violenta lucha contra los elementos canchales y devastadores, todas las esperanzas que guardaban en su seno.

La naturaleza se rendía, lánguida después del esfuerzo.

En el patio esperaban ya las cabalgaduras, piafando y golpeando el suelo con sus pesados cascos.

—No olvide nunca esta tarde... murmuró muy bajo Baltasar, mientras ayudaba a Humilde a subir sobre su silla.

La joven inclinó la cabeza y dijo:

—No la olvidaré, Baltasar...

Baltasar arregló el ropón, atendió a que la cincha no estuviera floja, con una ternura exquisita. Humilde agradeció estas atenciones con una larga y húmeda mirada.

Partieron. Baltasar subió a caballo para acompañar a sus huéspedes hasta los límites del fundo. El camino pasaba muy cerca del puquio del bosque de

pataguas. Humilde miró obstinadamente hacia ese punto, y luego volvió el rostro hacia otro lado como si quisiera desechar un pensamiento importuno.

Baltasar volvió a insistir:

—Recuerde siempre esta tarde, Humilde...

Esta vez Humilde no contestó y hurtó los ojos de su compañero, que la observaba.

Descendía el sol con solemnidad religiosa. La púrpura imperial de sus rayos encendía el poniente detrás de los lomajes próximos que adquirirían tonalidades oscuras.

Chillidos discordantes se cernían sobre el bosque de pataguas. Centenares de aves de rapiña llegaban de todos los puntos del horizonte, y formaban una algarabía sobre el sombrío follaje. Eran tantos, que por momentos formaban una nube. Se peleaban, chillaban. Volaban pesadamente, mostrando sus rojas cabezas calvas armadas de picos largos y encorvados en la punta en actitud amenazadora.

—¿De dónde han salido tanto pájaro? preguntó Humilde con cierto terror.

Son jotes, gallinazos... También hai tiuques. Vienen a dormir al bosque, y a la mañana siguiente emprenden de nuevo el vuelo. Llegan en tal número, que basta disparar una bala al bosque para que caiga alguno.

El sol había desaparecido ya. Sólo una enorme claridad, como el lejano resplandor de una hoguera colosal en donde se inmolaran víctimas de un rito

desconocido, encendía el cielo hacia el poniente. Lentamente, el oro líquido iba enfriándose.

Subieron una pequeña cuesta y atravesaron el gran canal del fundo, bordeando las casas y la arboleda. Entonces aparecieron, ante la vista, desolados potreros de lomajes, de tierra rojiza e improductiva, apenas poblada por uno que otro arbolillo de espino. El camino se aleja serpenteando en vueltas antojadizas, sin cercos que lo limiten, hasta perderse de vista en la lejanía. Hace pensar el paisaje en el campo manchego descrito por Cervantes; de seguro, no desentonarían ahí un molino de viento, al fondo del paisaje monótono, y la esquelética figura del sin par caballero andante, acompañado de su fiel escudero, recortándose agrandados contra la claridad del cielo.

Humilde y Baltasar marchaban delante. Don Panchito y la señora Domitila, acompañados por Juan Ramón, caminaban al paso tardo de sus cabalgaduras.

Notaba Baltasar que, a medida que se alejaban de «Las Pataguas», Humilde callaba con obstinación y que comenzaba a dominarla una extraña inquietud. Después de un corto galope propuesto por Baltasar, dejaron muy atrás a los demás; entonces el joven, acercándose a su compañera, le preguntó con suavidad:

—¿Por qué va tan pensativa, Humilde?

La joven no respondió.

Acercándose a ella cuanto le fué posible, y acariciando el cuello de la cabalgadura de su vecina, Baltasar le habló con dulzura y sosiego. Díjole que sentía por ella una atracción profunda; que por ofrecerle un poco de felicidad se creía capaz de todos los sacrificios y de todos los heroísmos; que aceptase su cariño con la seguridad de que sobreviviría a todas las oposiciones; que estaba dispuesto a abandonar sus proyectos anteriores para venirse a vivir al campo, aislarse del mundo en que vivía actualmente para dedicarse exclusivamente a la vida de trabajo; que le dijera una sola palabra y le pediría inmediatamente a su tía que lo dejara en el fundo, en donde comenzaría a construir su nido futuro para recibirla, para hacerla feliz...

Humilde callaba. Parecía conmovida y como si contuviese a duras penas su emoción o su zozobra, mirando, de cuando en cuando, hacia todos lados como si temiese alguna vigilancia extraña.

Baltasar, ensimismado en su ensueño, se entregaba a divagaciones sentimentales.

¡Serían tan felices! ¡Cuántos paseos deliciosos bajo los árboles protectores; cuántos coloquios interminables a la vera de las aguas cristalinas de la fuente, después de un día de trabajo y de fatigas! Traerían un pequeño coche para hacer excursiones al pueblo vecino. Buscarían libros hermosos para leer en las largas noches campesinas, junto a la lámpara

familiar. Traerían un piano donde ella pudiera ejecutar sonatas a la luz de la luna, que entraría por la ventana abierta sobre los campos silenciosos...

—¿Qué me contesta, Humilde?... ¿No me dice nada?

La joven apartó la cabeza con un esfuerzo violento. Y de improviso, con un golpe brusco de la fusta sobre el anca de su caballo, se desprendió del lado del joven.

Baltasar, desorientado, procuró detenerla.

—¿Qué le pasa, Humilde? preguntó.

Ella volvió el rostro inundado de lágrimas y le dijo con voz extraña, que tanto tenía de mando:

—¡No me sigal

Y partió en una carrera desenfrenada. Baltasar permaneció en medio del camino como si hubiese recibido un golpe en medio de la frente. No comprendía. Pensó en seguirla; pero la joven iba ya muy lejos y luego temió obligarla a una huída que habría parecido extraña. Prefirió volver grupas y explicarle a los padres de Humilde lo que le ocurría. Estos no manifestaron extrañeza.

—No le haga caso, don Baltasar; díjole don Pancho. Esta chiquilla es muy regalona. A veces tiene unas cosas...

A lo lejos divisaron a Humilde que se detenía. Miraba hacia atrás, y luego emprendía de nuevo su fuga al galope.

—Devuélvase, mejor, don Baltasar; dijo la se-

ñora Domitila. Ya es noche y se le puede hacer tarde. Los días de fiesta, estos caminos son peligrosos.

Y luego, acercándose a él, le dijo en tono confidencial:

—Yo le preguntaré a la niña lo que piensa y se lo comunicaré...

—Gracias! dijo Baltasar. Y se despidió.

El regreso lo hizo en silencio, seguido por Juan Ramón, que esta vez respetó las cavilaciones de su amo. Junto con la noche, tibia y clara, apareció la luna en un cielo en el cual parecían haberse dado cita todas las estrellas. A lo lejos se oía el sordo ladrar de los perros, y en la soledad resonaban los pasos de los caballos como si pisaran en un terreno hueco y sonoro.

—Es raro, murmuró Baltasar, siguiendo el curso de sus pensamientos.

Encendió un cigarrillo y se hundió en un ensueño que debería sin duda ser doloroso por la expresión de su rostro, surcado de pliegues amargos.

ME quiere?... ¿Mucho?... ¿poquito?... ¿nada?...

¿Cuál es el amante que no ha deshojado la simbólica margarita de sus ilusiones en demanda de una respuesta que tranquilice sus dudas de amor?

Mil veces se repetía esta pregunta Baltasar desde la mañana a la noche.

Humilde, la suave flor de los campos que encontrara en su camino ¿correspondía a su cariño, que hizo presa de su alma con un imperio hasta ese momento desconocido para él?

Bajo la fronda de los árboles, en la campiña perfumada que se abría bajo el sol como un corazón jubiloso, Baltasar soñaba. Volvía a ver el rostro suave y sumiso de la joven; volvía a sentir la caricia de sus ojos que le producía el efecto de roce de sedas; volvía a escuchar el tímido murmullo de su voz implorante, sus largas pestañas, que parecían prolongarse hasta confundirse con las blancas nubes

que cruzaban en la lejanía de los cerros, en la soñolienta poesía de los azules horizontes de ensueño.

—¿Me quiere? ¿Me quiere?

Y aquella fuga inesperada, aquel lloro silencioso de un alma oprimida por fatales predestinaciones geran confesión o desesperanza?

Vagaba por el fundo con el alma oprimida por la duda. Recorría las faenas agrícolas con el espíritu ausente, escuchando las quejas o las consultas de los labriegos con falsa atención, dando a cada paso órdenes contradictorias que hacían sonreír solapadamente a sus subordinados.

—Güen dar, don Baltasarito! le decía el bueno de Juan Ramón, al observar las distracciones de su amo. Parece que el Malo le ha robado el alma...

—¡Quién sabe, Juan Ramón! respondía Baltasar con tristeza. No sabría decir si es un ángel o un demonio quien me ha robado el alma!

A menudo se hacía abrir la puerta de un potrero, desmontaba de su cabalgadura, y se tendía sobre el pasto verde, a la sombra de los altos álamos por los cuales subían en confuso asalto las hirsutas zarzamoras o los rosales trepadores.

¡Qué dulzura del ambiente en las mañanas estivales! Las alamedas cierran en rectángulo el pequeño potrero, dándole intimidad de alcoba; en el cielo azul cruzan lentamente nubes diáfanas, alegres, ligeras como veleros que se hacen a la mar; el aire azucarado por el perfume de las flores y de

la yerba pasa en oleadas frescas; murmuran los canales; cantan las tencas y los zorzales; juguetea los novillos, persiguiéndose por el pasto... El campo entero palpita y se estremece bajo las alas invisibles de la brisa matinal.

Baltasar sueña con los ojos abiertos. La vida es buena, la vida es generosa. ¿Por qué no se podrán amar Humilde y él en esta campiña florida? La existencia se deslizaría como un cuento de hadas, felices en su rincón, lejos de las pasiones enconadas del mundo, las cuales vendrían a estrellarse contra los tupidos murallones de las alamedas... Abandonaría sus ambiciones ciudadanas para dedicarse a cultivar la tierra bendita, la tierra pródiga que le ofrece flores y frutos, alimento para el cuerpo y alimento para el alma.

—¿Me quiere?... ¿Mucho?... ¿Poquito?

Baltasar vacila. Todo su castillo de sueños se derrumba ante la siniestra nube de la duda.

—Mira, Juan Ramón; dice bruscamente, volviéndose a su sirviente que cuida los caballos. Esta misma tarde le vas a llevar una carta a la señorita Humilde...

El mocetón se rasca la cabeza y dice:

—Bueno que lo ha tomado juerte, patrón...

—¿Y a ti que te importa? replica Baltasar con el rostro encendido.

—Es un decir, don Baltasarito... Como yo lo quiero tanto a su mercé...

—¡Habla! dice Baltasar, dulcificando el tono.

—Yo le diría algunas cosas, pero como su mercé se enoja...

—No seas tonto, Juan Ramón... No me hagas caso. Dime lo que quieras.

El mocetón vacila un momento y luego, como si lo venciera un impulso, dice:

—Es peligroso querer a la señorita Humilde...

—Y a mí ¿qué?... Crees que voy a tener miedo?

—No, patrón. Ya se que usted es bien de línea. Pero el güaina es traicionero y tiene mala sangre. A don Bonifacio Correa, que quiso casarse con la señorita Humilde, le dispararon dos balazos al pasar por el matorral de «Las Cruces»... Uno le pasó por aquí, cerca de la oreja, y le hizo un agujero a la chupalla; el otro le pegó en el anca del caballo...

—¿Y tú crees que fué él?...

—Yo no digo ná, pero ansina lo icen por ahí.

A toítos los que se acercan a la niña de «El Pantano», le pasan desgracias... ¡Será casualiá!... ¡Yo sé de otro güaina...

—¡Basta! Esta tarde le llevas una carta a la señorita Humilde. ¿Tienes miedo?

—Miedo, no, patrón. Pero yo le recomiendo cuidao.

El Domingo que viene van a haber unas topiaduras en «Los Quillayes»... El anda diciendo que desafia a los güainas de diez leguas a la redonda a que le pasen a su caballo alazán. Y cuando le hablaron

del «Tordo» de su mercé, icen que ijo, mostrando los dientes...

—Es güeno el chuzo; pero para que a mí me pase, se necesita que el jinete sea un hombre, nó una ñecla cualquiera...

Los ojos de Baltasar despidieron centellas... Aprentando las mandíbulas, preguntó:

—¿Eso dijo?

—Sí, patrón... Yo se lo digo para que vea que le tiene gavas a su mercé, y que cuando don Saúl la busca, hay que andar con cuidao...

Baltasar hizo un gesto brusco.

—Bueno, Juan Ramón. En estos días me vas a preparar al «Tordo». Me lo traes a pesebrera, y mucho cuidado con las raciones. El Domingo que viene me lo ensillas...

Está bien, don Baltasar.

—Límpiame mi traje de huaso. La montura chilena, las botas altas, mis espuelas grandes... Ah! y el ramal con puño de plata.

El mocetón hizo un gesto vago de resignación, y se limitó a comentar:

—¡Para qué le diría nada, don Baltasarito!

Baltasar subió a caballo. Bullían en su sangre las combativas energías ancestrales. Cuando llegaban a las casas, díjole a Juan Ramón.

—Esta misma tarde le llevarás la carta a la señorita Humilde...

Esa tarde, en efecto, la pasó Baltasar encerrado en su pieza, borroneando una larga carta en que expresaba la angustiosa delicia que llenaba su sér, y la ansiedad con que esperaba una respuesta para ser feliz, inmensamente feliz...

EL día Domingo amaneció radioso. Desde muy temprano anduvo Baltasar preocupado de sus preparativos para la lucha que debería librarse en los Quillayes esa misma tarde. Revisó sus arreos de montar, fué a las pesebreras a darle un vistazo al «Tordo», a quien observó las patas para ver si las tenía en buen estado, y, por último, limpió cuidadosamente su revólver.

—Por si acaso... murmuró, observando el fino cañón niquelado.

Después de almuerzo estaba ya listo para partir. Tía Dolores bajó al patio para admirar de cerca la arrogante postura de su sobrino, de quien estaba orgullosa.

—Es increíble lo que te pareces a tu tío, que en paz descanse, murmuró la buena señora con emoción.

Erguido sobre su negro corcel, Baltasar recorda-

ba vagamente a un caballero de los tiempos heroicos. Bajo un sombrero de fieltro, que brillaba como un casco, su rostro, adornado de fino bozo, expresaba decisión y fuerza. Su chaquetilla corta, de fino paño azul, dejaba ver en la espalda el grueso cinturón y la vaina del revólver, y, terciada al hombro, llevaba rica manta tejida en lana roja. La montura, de alto respaldo, enchapada y claveteada en plata, sostenía el lazo trenzado con el cuero más resistente. Sus botas altas, charoladas en negro, y sus espuelas de grandes rodajas que tintineaban como campanillas al menor movimiento, completaban su bizarra vestimenta.

—Hasta luego, tía... murmuró el mozo, despidiéndose.

—Que Dios te guarde, hijo, murmuró la anciana.

Picó espuelas a su caballo y salió del patio, seguido por Juan Ramón que también había vaciado el concho de su baúl para engalanarse en este día solemne.

—Buena suerte, don Baltasar! murmuró uno de los sirvientes, junto a ellos.

Y recomendó:

—Tenga confianza en el «Tordo», no más. Y si llega el caso, firme con él!...

¿Se refería al enemigo o al caballo?

Baltasar sonrió bajo la sombra de su sombrero e instintivamente empuñó su ramal, que colgaba de la muñeca sujeto con firmes correas.



Cuando llegaron a los Quillayes, la fiesta estaba en su apogeo. Desde lejos, se oía el rumor de las voces y el chivateo de los campeones.

En una pequeña esplanada había dos enormes «varas», relucientes sobre sus horquetas de madera, formando ángulo recto.

Alrededor de las varas se habían levantado algunas ramadas de follaje verde, sobre las cuales se elevaba el humo azul de las fritangas y el polvo que levantaban los caballos al efectuar sus evoluciones sobre el campo.

En ese mismo instante se decidía un partido. Cinco huasos, de una parte, resistían el empuje de un jinete que hacía esfuerzos heroicos por vencer a sus contendores.

En torno de ellos, al sol o bajo la sombra, había largas filas de jinetes que observaban la lucha, animando con sus gritos a los combatientes y agitándose en un continuo rebullir. Vibraban sus mantas de colores en intensa mancha polícroma.

Baltasar recorrió con la vista el grupo de jinetes y, como no encontrase allí al que buscaba, dió una vuelta alrededor y se dirigió a una de las ramadas. En un rincón divisó a Saúl Araneda, rodeado de algunos huasos. El mozo, corpulento y arrogante, llevaba en ese instante un enorme vaso a los labios.

En cuanto vió a su rival, se acercó y le ofreció el vaso.

Baltasar lo recibió con reservada actitud. El mozo le dijo con sonora voz:

—Salud, don Baltasar, el de «Las Pataguas»...

Baltasar replicó:

—A la suya, don Saúl, el de «El Pantano»...

En torno de ellos se formó un círculo. Los circunstantes preveían el encuentro. Saúl se llevó los dedos pulgares al cinturón con lento ademán, y dijo:

—Me han dicho que el «Tordo» tiene fama para la vara.

Baltasar bebió un sorbo del enorme vaso, lo devolvió, secóse los labios con el pañuelo, y dijo:

—Y a mi me dijeron que el Alazán era el mejor caballo de diez leguas a la redonda, y que su dueño era el más valiente jinete de estos contornos...

Saúl replicó, con ligero desdén en el acento:

—Si así lo dicen!...

Baltasar irguióse altanero sobre su asiento y, mirando friamente a su rival:

—Pero yo digo: ¡habría que verlo!

En el pausado tono del joven vibraba el reto como un fustazo. Saúl palideció; por su rostro orlado de fina barba rubia cruzó un leve estremecimiento, y su mirada se hizo dura como el acero.

—¿Cuánta es la apuesta? dijo, breve.

—Yo apostaría lo que no se puede decir en voz

alta... dijo Baltasar, ocultando bajo una sonrisa la pasión que lo ofuscaba.

Los dos hombres se escupieron un instante por los ojos todo el odio que agitaba sus corazones. Se comprendieron. Saúl dijo, extendiendo la mano:

—¡Convenido!

—¡Convenido! replicó Baltasar severamente.

Se estrecharon las manos con rudeza, y se alejaron cada uno por su lado.



Caía el sol como una lluvia de fuego. Se crispaban las hojas verdes de las ramadas, y parecían arder por momentos bajo la caricia torturante.

Un agrio murmullo se elevaba del conjunto humano sudoroso, lleno de polvo, que rebullía alrededor de las varas y de las ramadas como angustiosa obsesión de ebrios.

De las proximidades, partió de pronto un canto triste y chillón como si abrumado por el calor, el tedio y la desesperanza, alguien desahogase su alma, lanzando al aire agudas quejas... Respondía una voz aguardentosa. Groseras risotadas formaban coro en la atmósfera cargada de humo y de polvo.

Alrededor de las varas, un círculo de curiosos, de a caballo o de a pie, alentaban con sus gritos a los combatientes, quienes, a su vez, juraban y chillaban como condenados. Rostros hirsutos, bocas feroces,

dientes carcomidos, aparecían bajo las amplias chupallas. Brillaba la alegría o el odio salvajes en los ojillos inyectados por el alcohol y el movimiento.

—¡Pasol gritaba uno.

Una atropellada furiosa seguía a este grito de desafío, y luego un chocar de estribos de madera, tintinear de espuelas y aullidos de entusiasmo.

—¡Pasóool! respondía el coro de mirones, al ver que un jinete arrastraba a sus rivales, barriendo caballos en un confuso torbellino.

Había algo de rudo y de primitivo en el ambiente. La raza nueva que se manifiesta en forma brutal, en torneos que semejaban batallas.

Baltasar comenzaba a impacientarse. Le fastidiaba aquel ruido. Tenía sed. Le sofocaba el ambiente.

De pronto, comenzó a apaciguarse la batahola. Alguien gritó:

—¡Ya viene!

Silenciosamente, los jinetes se apartaron de las varas y fueron a formar parte de los curiosos en un estrecho semicírculo. Entre un grupo apareció Saúl Araneda, alto entre los demás campesinos, montando su hermoso caballo alazán. Avanzó lentamente hasta el centro de la cancha; picó, en seguida, espuelas a su corcel, y emprendió una carrera loca a lo largo de una de las varas y se detuvo en seco con un rápido movimiento de las bridas, que hizo girar a su caballo como un trompo sobre las patas traseras.

En medio de una nube de polvo, que comenzó a

disiparse, apareció entonces Saúl como un caballero de los tiempos medievales en el momento de presentarse en la arena.

Baltasar lo observaba con rencor y admiración. Era gallardo su rival. Alto, ancho de espaldas, diestro y ágil en el manejo del caballo. Una oleada de sangre subió al rostro de Baltasar al imaginarse que ese hombre quería arrebatarse su primero y cándido amor... Y picando espuelas a su caballo, salió rápidamente a su encuentro.

Un murmullo de admiración recorrió la fila de espectadores. Ambos rivales eran dignos el uno del otro. Jóvenes, apuestos y ágiles. Azotó Baltasar el anca de su caballo, y lo hizo girar tres veces sobre sus patas traseras. En seguida, repitió la maniobra de su enemigo: una corta carrera junto a la vara, rematada por un rápido giro del caballo.

—¡Bravo! gritaron los espectadores.

Se acercaron el uno al otro al paso del caballo. Se observaron con tranquila mirada.

—¿Quién va primero? preguntó Saúl

Baltasar se limitó a sacar del bolsillo una moneda de plata, y la arrojó hacia lo alto.

—¿Cara o sello? preguntó.

—¡Cara! dijo con voz breve Saúl.

Se inclinaron desde sus monturas a observar la moneda.

—¡Cara fué! observó Baltasar. ¡A usted le corresponde!

Mientras tanto, arreciaba el murmullo entre los espectadores. Se cruzaban apuestas. Se discutían los méritos de los caballos y de los combatientes. El alazán era alto, recio de patas y de cuello, ancas partidas en dos, y una vigorosa cabeza. El negro era un fino caballo con mezcla de raza árabe; pero todo músculos y tendones, pecho y cuello fornidos, y cabeza relativamente pequeña, nerviosa e inteligente.

—Voy cincuenta pesos al negro! dijo un huaso barbudo, con aspecto bonachón.

—¡Conmigo! replicó otro que salió a su encuentro con un fajo de billetes en la mano.

Mientras los espectadores discutían y apostaban, Saúl se había acercado a las varas. Un leve movimiento de las riendas bastó para que el animal comprendiese de qué se trataba. Sumiso, apoyó el pecho en el tronco sin corteza, pulido y reluciente por el roce; estiró el cuello, afirmó las patas, y esperó con una especie de resignación. Baltasar, a su vez, acercó su cabalgadura a las varas, a cierta distancia, y el caballo adoptó la misma postura del de su rival. En seguida, con un movimiento brusco e inesperado, el cuello se enroscó en la vara, como un semicírculo de nervios, y se deslizó rápidamente contra el enemigo y, sin despegarse del tronco, metió la cabeza por debajo de la del otro; irguió, en seguida, la suya con nervioso escarceo, y obligó a retirar la del rival al mismo tiempo, que empujaba

briosamente: con aparente suavidad apartó el pecho del caballo enemigo, y pasó con limpieza hacia el lado opuesto.

Un murmullo de los espectadores acogió esta rápida e inesperada maniobra.

Saúl estaba pálido de rabia. Se volvió a Baltasar y le dijo con enconado acento:

—Bien principia, mi amigo... A usted le toca ahora!

Baltasar se acercó a la vara, y el Tordo enroscó su cuello alrededor del tronco, como una serpiente negra fuertemente anillada. Esta vez fué rudo el batallar. Los dos caballos cruzaron sus cuellos como dos espadas, el negro debajo, encima el alazán. Pecho contra pecho pujaron durante breves instantes; luego permanecieron quietos un largo espacio de tiempo. Se dijera que descansaban dormitando, apoyados el uno contra el otro como dos buenos amigos. Pero un observador experimentado podía ver que leves estremecimientos musculares cruzaban a lo largo de sus cuerpos, debajo de la fina piel, y que sus ojos se inyectaban ligeramente por el esfuerzo. De vez en cuando, los jinetes, inclinados sobre las cabezas de los animales, con el cuerpo en tensión sobre los estribos, les acariciaban ligeramente el cuello como para infundirles ánimo, apretaban las espuelas contra los ijares, y los caballos respondían a estas manifestaciones con un nuevo esfuerzo que los estremecía de pies a cabeza.

Un griterío ensordecedor partía de las filas de espectadores. Palabras guturales, frases de aliento, ronco vocear inflamado.

Por un momento, pareció vacilar el fino cuerpo del negro bajo el enorme peso de su enemigo. Reculó un paso... Saúl requirió las riendas y levantó ligeramente el cuello de su cabalgadura para aprovechar esta debilidad; pero en ese momento, el negro, sin dar tiempo a su rival, arremetió con tal brío, que arrojó hacia un lado al alazán y cruzó hacia el lado opuesto con la rapidez de una flecha.

—¡Bravo!!

Los espectadores aclamaron al vencedor por largo tiempo; algunos huasos penetraron a la arena a felicitar a Baltasar.

Pero en ese momento Saúl, imponiendo silencio con un grito ronco, se acercó a Baltasar con el rostro congestionado:

—Me queda todavía «la contra»... ¿quiere que la decidamos con el chicote?

Se hizo un silencio profundo. El desafío era serio; sabíase que el mozo no tenía rival para este género de luchas.

Baltasar respondió, sonriendo desdeñosamente:

—¡Si usted lo quiere!

Volvió a despejarse el campo, y esta vez los huasos hicieron más amplio el semicírculo para permitir libertad de movimientos a los combatientes. Reinaba un silencio profundo. Comprendían los huasos

que se trataba de odios más enconados que los de simples rivales de lucha, y que esos dos hombres se disputaban un premio superior a los comunes.

Los combatientes se colocaron uno en cada extremo del espacio desierto, a unos veinte pasos de distancia.

De improviso, se lanzaron el uno sobre el otro a todo galope del caballo, con el grueso y pesado chicote en alto, el brazo extendido. Chocaron en el centro de la pista con un formidable golpe de los caballos. En seguida, se revolvieron entre el polvo, formando un grupo confuso en el cual nada se veía, fuera del agitar en alto de los brazos armados, el brillo de las botas charoladas y de los arreos de plata. Se embestían como fieras, describiendo rápidos giros, descargando fuertes golpes que resonaban con elástico chasquido. Era hábil jinete el campeón campesino; pero el otro había servido su guardia en un regimiento de caballería y, en un buen caballo, se sentía invencible.

De pronto, se deshizo el nudo que formaban los dos rivales, se disipó la nube de polvo, y los espectadores pudieron ver el siguiente cuadro:

Baltasar se erguía sobre su caballo con la manta y el traje convertido en girones ensangrentados, la cabeza descubierta y el cabello revuelto, mientras el caballo de Saúl se apartaba del grupo, sin gobierno; el cuerpo del jinete se encorvaba sobre el cuello

de la cabalgadura, y de una ancha herida de la cabeza manaba la sangre en abundancia.

Un grito de horror de los circunstantes y luego una carrera confusa, rodeando a los combatientes.

Entonces Baltasar explicó, señalando un puñal que brillaba entre el polvo.

—Este bandido quiso asesinar-me a cuchillo. Ahí está el arma...

Alguien se bajó del caballo y recogió el arma ensangrentada.

—Quiso matarme; pero creo que lo he castigado —prosiguió Baltasar, levantando en alto el puño de plata de su ramal.

Los circunstantes los rodearon en dos grupos: uno, de los amigos de Baltasar; y otro, que se llevó a Saúl lejos para lavar y curar sus heridas que lo mantenían desvanecido.

Bajo el sol ardiente, aquel parecía un cuadro de los tiempos pretéritos, cuando los hombres rudos se encontraban en los campos para dirimir sus contiendas sin ayuda de la justicia.

Por los campos inundados de luz, que ofendía la vista, se extendía el sordo rumor de sus voces ásperas y pesadas, que se arrastraban y se perdían en las lontananzas azules.

AL día siguiente de la jornada de sangre y de pasión, Baltasar despertó con el cuerpo y el espíritu quebrantados.

Una intensa melancolía se apoderó de su ánimo. Durante la noche permaneció todo el tiempo desvelado, pensando con desesperación que jamás volvería la aurora, que jamás el sol animaría la tierra de nuevo, y que la tierra debería permanecer para siempre sumida en la angustia del caos.

Fué casi una sorpresa, para él, ver que amanecía uno de los más bellos días de verano. Se levantó cuando apenas empezaba la mañana a aclarar, y se dirigió a los corrales de la lechería.

Sediento de algo puro que le redimiera de la fiebre mental que lo convulsionaba, bebió con su supersticiosa fruición un vaso de leche exprimido de las ubres de una vaca blanca.

Los campos surgían de la sutil neblina de la tie-

rra con una inocente castidad de virgen que nace a la vida, el rostro maravillado y el alma en blanco. Incubando en su mente una resolución que nació de su noche de insomnio, hizo un largo paseo, bordeando el bosque, hasta llegar a las viñas. Estaba resuelto a que sus dudas se disiparan aquel mismo día, y saber de una vez a qué atenerse sobre su porvenir. Tenía el propósito de hablar con su tía, primero, y en seguida, solicitar una entrevista con Humilde y los padres de la joven.

Así es que fué para él una verdadera satisfacción cuando, de vuelta de su paseo, salió a su encuentro un sirviente para darle recado de que la señora deseaba hablar con él tan pronto como volviese.

Tía Dolores lo esperaba en su cuarto, una vasta pieza baja de techo, con pequeñas ventanas guardadas de pesadas rejas de hierro que caían al jardín, de paredes enjalbegadas de blanco y con piso de baldosas de ladrillo, cubiertas por una estera.

En aquel cuarto limpio y austero, con sus muebles de madera negra, sus blancas paredes sin más adornos que un pesado crucifijo de plata y marfil, algunas estampas religiosas y un antiguo espejo empañado por los años sobre el tocador, había una paz con perfume de otros tiempos, de una época de patriarcal sencillez y de sólida nobleza.

—Buenos días, hijo mío—dijo tía Dolores, que lo esperaba sentada en un amplio sillón de paja, al pie de su lecho.

—Buenos días, tía Lolo, respondió el joven en voz baja, sobrecogido por el tono severo con que le hablara la señora.

—Siéntate, hijo, y escucha...

Sentóse Baltasar, casi a los pies de su tía, sobre un viejo almofrez, forrado en cuero crudo sin desbastar, y esperó a que la señora le hablase.

Ella inclinó un momento su noble cabeza blanca, y luego dijo con tono pausado y solemne:

—Me han dicho, Baltasar, que ayer haz cometido locuras...

Baltasar inclinó la cabeza. La tía continuó:

—Las locuras de la juventud yo las comprendo. Son las válvulas de escape de la sangre moza que bulle en las venas, máxime más que tú descienes de una familia que no ha tenido en las venas agua en vez de sangre... Yo todo lo perdono, Baltasar, y sobre los pecadillos de la juventud suelo echar un velo de ignorancia... Vale más, en muchos casos; ignorar que condenar.

Un momento de silencio. Baltasar observa el antiguo espejo empañado, con marco de plata, de elegante dibujo oval. Piensa, tal vez, que los ojos de su tía tienen ya un vago parecido con el espejo, que fuera bello en otros tiempos y que reflejara alegremente la vida a su alrededor.

—Pero de lo que no me puedo hacer la desentendida es de ciertos hechos que pueden comprometer tu juventud. Esa niña...

Baltasar esbozó un rápido gesto de protesta. La tía extendió una mano sobre él, como para aplacar el impulso del mozo.

—Si, ya lo sé... continuó. Es muy buena, muy adorable. Creo que puede hacer la felicidad de cualquier hombre honrado. Mira, hijo mío; te habla la voz de la experiencia y del cariño... (Aquí la voz de la tía Dolores se vela por la ternura y tiembla de emoción ante ciertos recuerdos)... Baltasar, yo creo conocerte. ¡Te pareces tanto a nuestro pobre pariente muerto en plena juventud!... Tu carácter es sensible y vehemente. Los detalles más pequeños dejan en tu espíritu una huella profunda, y lo que hoy te produce la felicidad, mañana te produciría el desastre. Mira, hijo... Las leyes del Destino, las leyes dictadas por los hábitos a través de muchas generaciones, no se pueden quebrantar impunemente. Esa niña, tan buena y tan bella, no podrá ser jamás tu esposa...

Baltasar irguió la cabeza con sobresalto. Sus ojos miraron a la anciana con dureza.

—No, no te enfades... Escúchame hasta el final. Dígame que esa niña no podrá hacerte feliz como tu compañera, porque tú y ella habéis crecido y os habéis educado en muy distintas esferas. Lo que es delicado para sus costumbres, puede ser grosero para ti. Tú tienes un camino trazado: la vida de ciudad, tu carrera, gustos refinados, aspiraciones elevadas... Mañana, cuando pasen los entusiasmos que

ahora te exaltan, abominarás de muchas cosas; de sus padres, rudos e ignorantes; de todo el medio que la rodea, y, cuando quieras desprenderte de ellos, te verás cogido como en una red de recias mallas. Baltasar, yo te lo digo: piénsalo, hijo mío...

Baltasar levantó la abrumada cabeza.

—Ya lo he pensado, tía... Estoy resuelto. Si ella me quiere, yo la haré mi esposa, a pesar de todos los obstáculos. Tú eres buena, tía... la traeremos a nuestro lado. Ella será tu hija. Yo me dedicaré al cultivo del campo, y no saldré más de aquí, si es preciso. Trabajaré, trabajaré...

Tía Dolores movió lentamente la cabeza. Y murmuró con tristeza:

—Igual que él... igual!... Ilusiones, hijo, ilusiones... Ya ves tú lo que te ocurrió ayer. Ese es el principio de tu calvario. Ya lo ves, ya lo ves. ¿Quién te dijera hace algún tiempo atrás que deberías medirte en desafíos de villanos? ¿Y si ése... cualquiera, te hubiese muerto de una puñalada?... Y si no te mató ayer, te podrá matar mañana; si no puede de frente, a traición, al menos...

—Que me mate, tía, que me mate; pero yo no puedo renunciar a ella.

Tía Dolores inclinó el rostro sobre el pecho. Su pura frente pareció ensombrecerse por la tristeza y la contrariedad.

—Veo una vez más, dijo, que contra el hombre

apasionado no valen las razones, aunque éstas sean de oro macizo.

En seguida, continuó, tentando el último esfuerzo.

—Mira, hijo; eres joven, y tus ojos se deslumbran fácilmente con la luz del sol. Es mas seguro que los míos, empañados por la experiencia, puedan distinguir, en la fuerte luz, las manchas que tú no descubres. Dime, hijo ¿te consta que esa joven es sólo la novia de tu rival? ¿No crees que...?

Baltasar se puso de pie de un salto. Con voz de cólera comprimida dijo:

—Tía.. tía... Fíjate en lo que dices.

Tía Dolores irguió la frente con altivez y entereza.

—No te enfades, hijo. Las lenguas murmuran. Y bien conoces el refrán: «cuando el río suena...» Yo nada te aseguro, Baltasar; pero te digo: esto dicen. Luego, tú, reflexiona y observa. Observa y yo te prometo, bajo mi fe de vieja, que protegeré tu amor, si persistes en cortejar a esa niña.

El rostro del joven se iluminó súbitamente de alegría. Se echó de rodillas a los pies de la anciana y hundió la cabeza en sus nobles faldas, exclamando:

—Tía, tía Lolo... ¡qué buena eres!

La señora Dolores acarició lentamente los suaves y ondeados cabellos del mozo, y quedóse un momento ensimismada, con los ojos fijos en el vetusto espejo ovalado, como si viese pasar por sus turbias aguas el pasado cortejo de sus recuerdos...

BALTASAR entregó las riendas de su caballo a Juan Ramón y se dirigió con la mano extendida hacia la señora Domitila, que lo esperaba en el umbral de la puerta. Los perros cesaron de ladrar; uno de ellos corrió junto a Baltasar y comenzó a saltar a su alrededor, como si reconociese a un viejo amigo.

—Pase, Baltasar; le dijo la señora Domitila. Lo recibo así, en confianza; usted disculpará... Aquí, en el campo, no se puede andar vestida y peinada como en el pueblo... Pancho salió esta mañana, con el alba, al fundo de don Zacarías Durán... La Humilde debe de estar por allá adentro... voy a llamarla...

La señora Domitila hablaba con rapidez, sin dejar tiempo a Baltasar de responder siquiera a su saludo, como persona que tiene una preocupación y procura disimularla.

—¿Y como quedó misiá Dolores? Continuó la señora. ¡Pero pásame su sombrero!... Tome asien-

to un ratito... Yo voy y vuelvo... ¡qué lindo el fundo de «Las Pataguas»... La Humilde no ha hecho otra cosa que acordarse del paseo tan lindo que hicimos... ¡Pobre chiquilla! ¡Está muy triste!... Se lo pasa llorando y amurrá!... Hay días que no conseguimos hacerla comer siquiera...

Cuando Baltasar se aprestaba para responder a esta lluvia de preguntas y frases incoherentes, la señora Domitila, después de decir «voy a llamar a Humilde», salió y dejó solo al joven en la pequeña salita con paredes sin enlucir.

Por la puerta entreabierta se divisaba el cuadro luminoso del patio y los árboles que lo circundaban. Bajo el sauce, en la sombra azulosa, pateaban el duro suelo tres caballos, sujetos por las riendas a la misma argolla: el suyo, el de Juan Ramón y el de Saúl Araneda...

¿Qué venía a hacer aquí su obstinado rival? ¿En dónde se encontraba en este momento? ¿Estaba con Humilde en el interior de la casa?

Ahora comprendía la turbación de la señora Domitila al verlo llegar, y su apresuramiento para correr al interior, para dar la voz de alarma seguramente.

Había atravesado la distancia que mediaba entre el fundo de su tía y el de los Aranedas de un solo galope, bajo el sol abrasador de la hora de siesta. Tenía la garganta reseca; ardíale la cabeza.

Dispuesto a liquidar una situación llena de bru-

mosas, expectativas había corrido, después de su entrevista con tía Dolores, en busca de Humilde y de sus padres. ¿Cómo lo recibiría la joven? Enjugóse el sudor que inundaba su frente, y luego se dió aire con el pañuelo en el rostro sofocado. Hubiera deseado respirar brisa fresca. Se ahogaba. Una aguda inquietud le impedía sentirse cómodo en ninguna actitud. Se levantó y comenzó a pasearse a lo largo de la pequeña estancia con pasos agitados. ¿Por qué tardaban tanto en volver? ¿Acaso la familia, reunida en consejo, escucharía el relato de Saúl Araneda sobre la riña de la víspera, y decidirían no recibir al forastero atropellador? Nó, no era posible. El culpable era Saúl. Él quien lo provocara, y él quien quiso ultimarle de una puñalada traidora. Ya lo sabrían en la casa por conducto de otros espectadores de la escena.

Se acercó a una pequeña ventana que daba al huerto interior y que permanecía con el postigo cerrado. Con el fin de establecer corriente de aire que lo aliviara de la sofocación, la abrió. Inmediatamente vino del exterior un rayo de luz y una oleada de brisa cargada de perfumes campesinos.

Baltasar se detuvo encantado delante de la ventanita abierta. Desde allí se divisaba toda la huerta; las avenidas de durazneros, cuyas ramas cedían al peso de las frutas, los perales y los cerezos, y allá, en el fondo, la glorieta formada por el varillaje de los membrillares, todo sumido en una atmósfera verde

esmeralda, clara y trasparente como el fondo de un estanque cristalino, atravesado por los rayos del sol.

¡Ah! y los palomares que palpitaban bajo el batir de alas blancas, y el zumbar lejano de las colmenas entre la verde espesura!

Baltasar se sintió transportado a la época de su primera visita, cuando juntos con Humilde recorrieran el huerto perfumado por los rosales vecinos y por la suave resina de los árboles... Vió a la joven escuchando sus primeras frases galantes, ruborosa y confundida, eludiendo sus preguntas con ligeros escauceos de mariposa juguetona; vióla bajo las ramas de los membrillares, blanca y palpitante...

Baltasar detuvo el curso de sus recuerdos y se irguió con sobresalto. Allá en el fondo, bajo los membrillares precisamente, apareció la graciosa silueta de Humilde. Llevaba la cabeza inclinada y enjugaba los ojos con el pañuelo. ¿Por qué lloraba? A Baltasar se le oprimió el corazón. Sólo entonces vió que detras de ella venía Saúl, apartando las ramas con sus largos brazos. Bajo la amplia chupalla aparecía su rostro de barba rubia y la cabeza fajada por una venda blanca. Se detuvieron uno junto al otro. Humilde continuaba llorando, y Baltasar creyó percibir, desde su puesto de observación, los estremecimientos convulsivos que le cruzaban por la espalda encorvada. Saúl parecía increparla, con gestos rudos, irguiéndose ante ella amenazante. Movía sus brazos sobre la cabeza con gestos violentos.

Hubo un instante en que ella se quitó las manos de los ojos y que pareció hablar a su turno. Su ademán era suave y suplicante. Parecía como que procurase apaciguar al joven por medio de claras y tier-nas razones. Saúl escuchaba sombrío. De nuevo volvió a tomar la palabra él. Hubo un momento en que, enfurecido con sus propias frases, levantó un brazo para pegar... Baltasar echó manos al revól-ver, instintivamente.

La brisa del jardín le traía rumor confuso de pa-labrâs, súplicas y sollozos.

Baltasar se restregó los ojos...

...Por un movimiento brusco, Humilde había echado los brazos al cuello de Saúl y se estrechaba a él con movimientos sumisos, buscando amparo para su cabeza en el rudo pecho del bandido...

Baltasar no quiso ver más. Algo se le rompía allá dentro, en el pecho. Apretó las manos, dispuesto a abalanzarse sobre el amoroso grupo. Luego los bra-zos se le cayeron a lo largo del cuerpo. Los labios de los amantes se unían en un largo beso. Salió lentamente, fué en busca de su caballo y se marchó sin despedirse de nadie. Tenía ansias de encontrar-se al aire libre, en medio de la desolación de la campiña. Cuando se encontró lejos, solo en medio del camino, ahogó un sollozo que subió hasta su garganta desde las profundidades de su sér, desgarrándole las entrañas.

En seguida, dió un alarido feroz; apretó las espuelas al vientre de su caballo, que se tiñeron de sangre, y echó a correr a través de la campiña desierta, inmensa, fustigada por los ardientes rayos del sol.

